SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TAMBOR Y CASCABEL

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

MADRID
1927

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/tamborycascabelc00lvar

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
I. BURRAS

N.º de la procedencia

TAMBOR Y CASCABEL

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españ*
son los encargados exclusivamente de conceder o negar
permiso de representación y del cobro de los derechos
propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduct
réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norv
et la Hollande.

Copyright, 1927, by S. y J. Álvarez Quintero

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TAMBOR Y CASCABEL

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Reina Victoria el 23 de noviembre de 1927.

MADRID
1927

MADRID.—Imprenta Clásica Española. Glorieta de la Iglesia (Chambe

A MARIA LUISA QUINTERO,

constante instigadora para que escribiésemos esta comedia, por su vehemente simpatía hacia JUANINA *y* AMADEO, *con el mayor cariño,*

SERAFÍN Y JOAQUÍN

721411

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANINA	Pepita Díaz de Artigas.
CRUZ	Josefina Santaularia.
PLÁCIDA	Elisa Méndez.
DOÑA CLARA	Ana Quijada.
LORENZA	Natividad Ríos.
AMADEO	Santiago Artigas.
CARMELO	Manuel Díaz González.
TRISTÁN	Manuel Káiser.
JOSELITO	Fulgencio Nogueras.
DON CLAUDIO	Octavio Castellanos.
DON FERMÍN	Rafael Ragel.

ACTO PRIMERO

ta y gabinete contiguos en casa de Juanina y de Amadeo, n Madrid. La salita, que ocupa el primero y segundo erminos, tiene puerta a la derecha del actor. Entre el ga-nete y la salita hay salidas por ambos lados. Muebles odernos, graciosos y elegantes. Buen gusto; bienestar. por la tarde, a principios de otoño.

Foselito, criado sevillano, que de puro viejo casi astra los pies, aparece en el gabinete por la izquier- acompañando a Cruz, bella cuñada de Juanina. ne la señora en traje de calle. Reluce en sus ojos nquietud de una curiosidad permanente.

CRUZ. ¿Dónde están?

OSELITO. Aviándose, ¿no te digo?

CRUZ. Pero ¿van a salir esta tarde, que es el día que reciben?

OSELITO. Sí. Las cosas de eya.

CRUZ. Y ¿cómo lo consiente Amadeo?

OSELITO. Y ¿qué va a hasé Amadeo más que sentirlo? Cuando eya se encapricha...

CRUZ. Y ¿adónde van?

OSELITO. Ar consierto de la Prinsesa.

CRUZ. ¿Al concierto? Pero ¡si a Juanina le apesta música!

OSELITO. Eso era ayé. ¡Hoy no hay na que le te más que la música!

CRUZ. ¡Claro! Y así están siempre. ¿Se recogieron anoche muy tarde?

JOSELITO. Ya sería después de las dos.

CRUZ. ¿Estuvieron en el teatro?

JOSELITO. Sí.

CRUZ. ¿En qué teatro?

JOSELITO. No me acuerdo.

CRUZ. Y ¿venían en paz?

JOSELITO. Como siempre: en paz y en guerra.

CRUZ. Mi hermano no tiene carácter. Juanina le maneja como quiere. No tiene carácter mi hermano.

JOSELITO. Sí lo tiene, Cruz; sólo que Juanina se le estropea. Y el hombre, por no peleá...

CRUZ. ¡Un matrimonio con todas las condiciones para ser feliz, y siempre de gresca!

JOSELITO. Pero es cosa de risa: nunca yega la sangre ar río... A la media hora de una tormenta, se despeja er sielo y sale er só. Eya tiene esa habilidá: pone los ojos tiernos, da un suspirito, y esbarata las nubes.

CRUZ. ¡Qué lástima! Jóvenes, saludables, con fortuna, sin hijos todavía, sin quebraderos de cabeza, envidiados por todo Madrid, y se han empeñado en amargarse la existencia. ¡Qué lástima!

JOSELITO. No esageres tú tampoco, Cruz. En casi tos los matrimonios pasa lo mismo.

CRUZ. ¡En el mío, no!

JOSELITO. ¡Por qué tu marío es un merengue!

CRUZ. Por eso será. ¿Fueron con alguien al teatro?

JOSELITO. Sí; con esta señora de arriba.

CRUZ. Pues, mientras ellos se componen, voy a subir a pedirle detalles.

JOSELITO. ¡Lo que gosas tú preguntando, Crusita!

CRUZ. ¿Te acuerdas? Desde los cuatro años.

JOSELITO. Desde los tres. Y con la edá y er matrimonio se te ha afinao er visio.

CRUZ. Me agrada enterarme de lo que no sé. Diles a mis hermanos que bajo en seguida.

JOSELITO. Está bien, señora de Martínez.

CRUZ. Hasta ahora mismo. *Vase por la izquierda.*

JOSELITO. ¡Paese mentira que sea mujé, y no sepa que pa enterarse bien de las cosas no hay na mejó que no preguntarlas!

Por la puerta de la salita sale Plácida, doncella de Juanina, tan dúctil de genio como conviene para llevarle el suyo a la caprichosa señora de la casa.

PLÁCIDA. ¿Habla usted solo, Joselito?

JOSELITO. ¡En cuanto no te veo! Es como un reclamo pa que acudas.

PLÁCIDA. ¡Madre! ¡Qué salida!

JOSELITO. ¿Por qué naserías tú en er siglo XX y yo en er XIX? Me retrasa Dios sincuenta años... y ¡boda hecha!

PLÁCIDA. ¡Vaya por Dios!

JOSELITO. ¿Adónde vas?

PLÁCIDA. A llamar por teléfono a la modista, para pedirle que venga esta noche.

JOSELITO. ¡Puñales! Pero ¿no la has yamao hase media hora pa desirle que no viniera?

PLÁCIDA. Y ¿eso le choca a usted, con los años que tiene?

JOSELITO. Dises bien, hija mía.

PLÁCIDA. A mí no me toca sino obedecer.

JOSELITO. ¿Está ya lista la señora?

PLÁCIDA. ¿Lista? ¡Jesús! ¡Está en kimono todavía!

JOSELITO. ¡Bueno va!

PLÁCIDA. Y eligiendo qué zapatos ponerse. Y no encuentra ningunos que le gusten.

JOSELITO. ¡Bueno va! Pos ¡ya tenemos la tarde hecha!

PLÁCIDA. ¡Y que lo diga usted! Yo la obedezco aunque me mande un despropósito; pero, en mis adentros, le doy siempre la razón al señor.

JOSELITO. Pos ¡estarás sufriendo mucho!

PLÁCIDA. ¡Usted calcule! *Se va por la izquierda.*

Sale al gabinete, por la derecha, Amadeo, el paciente y enamorado esposo de Juanina, dispuesto ya para meterse en el automóvil y dejarse arrastrar al concierto. ¡Parece que no conoce a su mujer!

AMADEO. *Mirando su reloj.* ¡Ajá! Eres un carácter, Amadeo. Las seis menos cuarto. La hora justa en que le dije a mi mujer que estaría vestido. ¡Ajá! *A Joselito.* ¿Y el coche?

JOSELITO. Desde las sinco y media lo tienes ahí.

AMADEO. ¡Ajá! Como le ordené a Antonio. ¿Tú telefoneaste...?

JOSELITO. ¿No había de telefoneá? ¡Ya lo creo!

AMADEO. ¿A quién?

JOSELITO. A quien tú me dijiste.

AMADEO. No me fío del todo. ¿A quién te dije? Detállamelo.

JOSELITO. Pos ar señó visconde...

AMADEO. Bien.

JOSELITO. A doña Margarita...

AMADEO. Bien.

JOSELITO. Y ar tío Gustavo.

AMADEO. ¡Ajá!

JOSELITO. ¡A las personas que tú esperabas hoy!

AMADEO. Y ¿les has advertido...?

JOSELITO. Que los señores habían determinao de í ar consierto de esta tarde; y en consecuensia de eyo, que dispensaran a los señores, y que no se molestaran en vení.

AMADEO. ¡Ajá! Eres una alhaja, Joselito.

JOSELITO. Favó que tú me hases.

AMADEO. Pues luego, cuando nos vayamos, vas a llamar también...

JOSELITO. Ya me lo has dicho antes; ¿no te acuerdas?

AMADEO. Al marqués de las Gracias...

JOSELITO. ¡Sí; a don Enrique; si me lo has dicho antes!

AMADEO. Y le previenes que mañana domingo...

JOSELITO. ¡Sí; lo esperas a las dose en la Peña! ¡No te enteras de que me lo has dicho antes?

AMADEO. Es que a lo mejor se te olvida...

JOSELITO. ¿Qué se me va a orvidá a mí lo que me mandes tú? ¡Tú no dises las cosas: las escribes en una pisarra!

AMADEO. Eso debiera hacer, no te creas. Todo es preciso a veces. ¡Bien, hombre, bien! *Volviendo a mirar al reloj.* Menos diez minutos. ¡Bien! ¡Perfectamente bien!... ¡Bonito concierto el que vamos a oír! ¡Bonito! ¡Bonito de veras!

JOSELITO. *Echando la vista hacia la puerta de la derecha.* ¡Sí que va a sé bonito! ¿Quieres argo más?

AMADEO. Nada.

JOSELITO. Hasta luego. ¡Ah! Aquí ha estao tu hermana hase un rato.

AMADEO. ¿Mi hermana?

JOSELITO. Sí. Ha subío un istante ar piso de arriba, y baja ahora.

AMADEO. *Mirando a la puerta de la derecha y viendo venir a su linda consorte.* Pero ¿qué es esto?

JOSELITO. ¡Er consierto, que va a prinsipiá antes de lo anunsiao! *Vase por la izquierda.*

AMADEO. ¿Eh?

Juanina aparece en este momento, en kimono y chapines, cantando y puliéndose las uñas.

JUANINA.

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire...

AMADEO. *Reprimiendo su enojo.* Pero ¿qué es esto?

JUANINA. ¿Esto? Un kimono. El kimono nuevo. ¿No me lo conocías?

AMADEO. Pero... pero... pero...

JUANINA. ¡Hay que ver lo que te fijas en mis cosas!

AMADEO. ¡En tus cosas!... Mira, mira, Juanina... ¡Es inaudito esto! ¡No sé cómo tengo paciencia!...

JUANINA. ¿Qué te pasa, hombre?

AMADEO. ¿Cómo que qué me pasa? Mira cómo estoy yo: de punta en blanco, esperándote para tomar el coche. ¡Ibamos a salir a las seis en punto! ¡Y a las seis menos cinco te me presentas en kimono!

JUANINA. ¡Ah, vamos! Yo creí que sería otra cosa. Por qué poco te alteras. ¿No sabes lo que me ocurre a mí?

AMADEO. ¿Qué te ocurre?

JUANINA. ¡Que no tengo zapatos que ponerme!

AMADEO. ¡Juanina!

JUANINA. Como lo oyes: no tengo zapatos que ponerme. Y tengo muchos, ya lo sé; pero ahora mismo no tengo los que me hacen falta.

AMADEO. Sí: zapatos de concierto, ¿verdad?

JUANINA. Llámalos como quieras. Los zapatos que necesito esta tarde, no los tengo. ¡No voy a mudarme ahora ya hasta de medias y a pensar en ponerme otro vestido, por causa de los zapatos dichosos! ¡Es desesperante! ¡Te digo que es desesperante, Amadeo!

AMADEO. ¿Desesperante?... Vaya, vaya... *Dado a los diablos deja el abrigo y el sombrero y empieza a quitarse los guantes, muy nervioso.*

JUANINA. ¿Se me ha hecho un punto en esta me-

dia? ¡Ah, no! Era una pelusita. ¡Qué sustos me llevo!

AMADEO. *Paseándose descompuesto.* ¡Bah, bah, bah, bah, bah!...

JUANINA. Hombre, no lo tomes así; no es culpa mía...

AMADEO. ¿Es mía?

JUANINA. No es de ninguno de los dos. Ni es para tanto... ¡Ay, Amadeo, estás colorado como una guinda!... Parece que te va a dar un ataque...

AMADEO. ¡Procura tú que no me dé!

JUANINA. ¡Amadeíto de mi vida, no me asustes! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué pena tan grande! No te me pongas malo, cariño; no te me pongas malo. ¿Qué va a ser de mí si tú te pones malo, si tú me faltas algún día? ¡Viuda! ¡Tan joven! ¡No lo quiero pensar! No, no; no te me pongas malo. ¡Con lo que yo te quiero a ti, encantiño! ¡Yo solita en el mundo, con la pena a la espalda!... *A un gesto de él.* Te advierto que le llaman *la pena* a esta gasa larga que las viudas se cuelgan del sombrero.

AMADEO. Bueno, bueno, monina; tengamos ahora la fiesta en paz. Déjate de arrumacos y de carantoñas, cálzate en seguida, vístete... y vamos al concierto, que si no, llegaremos tarde.

JUANINA. Pero ¿y cómo lo arreglo, pichón?

AMADEO. Pero ¿me vas a decir que esto no tiene arreglo, pichona?

JUANINA. A ver: ¿qué zapatos me pongo? ¡Elígemelos tú!

AMADEO. ¡Los que se te vengan a la mano! ¡Si todos son bonitos!

JUANINA. Amadeo, no digas tonterías. El primero que me mandaría quitarme los zapatos, si llevara unos zapatos impropios, serías tú. Pues ¡así que no lo hilas delgado! ¡Si una de las cosas que a mí más me enamoran de ti es el gusto que tienes!

AMADEO. Déjate de zalamerías, te repito. ¡Arréglate, por la Virgen del Carmen! ¡Que son las seis, y el concierto empieza a la media en punto! ¡Y estás cansada de oírme decir que me agrada llegar el primero a los espectáculos y marcharme el último de todos!

JUANINA. Al contrario que a mí: a mí me gusta llegar la última y salir la primera.

AMADEO. ¡Muy bonito!

JUANINA. Y en los conciertos no, porque no dejan entrar durante los números —que es una bobada—; pero, en las comedias, a mí nada me divierte más que llegar tarde. ¡Y levantar a media fila de butacas para sentarme yo!

AMADEO. ¡Delicioso!

JUANINA. Y si es en un palco, que suene la puerta, que me manden callar porque saludo a los vecinos y les pregunto: «¿Qué ha pasado, qué ha pasado?» y que todo el mundo se distraiga por causa mía. ¿No te gusta a ti eso?

AMADEO. A mí ¿qué ha de gustarme, mujer?

JUANINA. Pues a las señoras nos encanta. *Madame Bacalao* opina lo mismo que yo.

AMADEO. Y ¿quién es *Madame Bacalao*?

JUANINA. ¡La vecina de enfrente! ¿No sabes que le llaman *Madame Bacalao*?

AMADEO. Ni lo sé ni quiero saberlo. La señora de enfrente se llama doña Presentación González.

JUANINA. ¡Pero le dicen *Madame Bacalao!* ¡Por el negocio del marido!

AMADEO. ¡Pues yo no se lo diré nunca! ¡Me molestan los motes!

JUANINA. Cuando no los pones tú, será.

AMADEO. ¿Yo?

JUANINA. ¡Tú me llamas a mí Ninina cuantas veces quiere!

AMADEO. Y ¿vas a comparar un diminutivo cariñoso a un apodo infamante?

JUANINA. ¡Huy! ¡Infamante! ¡Qué exagerado eres! ¡Infamante! ¡Decir que es infamante un mote, que a lo mejor se lo ha puesto ella misma para anunciar el bacalao del marido! ¡Infamante! ¡Jesús! ¡Infamante!

AMADEO. ¿Quieres dejar eso y vestirte, Juanina?

JUANINA. Es que es muy ridícula esta manía tuya contra los motes. Y en Madrid no hay quien se escape de ellos. A ti mismo te llaman *Tambor*, y a mí, *Cascabel*. Y hay que confesar que tiene ángel.

AMADEO. Ya, ya.

JUANINA. Por supuesto, esa es una gracia que le debemos al general *Bum-Bum*. El general *Bum-Bum* nos lo puso.

AMADEO. ¿Qué general es ése?

JUANINA. ¡Ay, qué chusco! ¡Tu padre!

AMADEO. ¡Juanina! ¡Mi padre es el general Villacañas!

JUANINA. *Ahuecando la voz y cuadrándose luego a lo militar*. ¡Bueno, hombre, bueno! ¡A la orden!

AMADEO. ¿Te vistes o no?

JUANINA. Ahora voy. Pues ése, ése, tu señor padre, fué el que, al terminar la ceremonia de nuestra boda, tuvo la humorada de decir: «Hemos casado a un tambor con un cascabel» ¡Lo oyó la gente... y no hizo falta más! ¡Ay, mi Tamborcito!...

AMADEO. ¡Ay, Cascabel de mis amores!... ¿Vamos a ir al concierto o no vamos a ir?

JUANINA. ¡Qué pregunta! ¡Pues no hemos armado nada para no faltar al concierto en día de recibo! ¡Ha habido que avisarle a medio Madrid!

AMADEO. ¡Exactamente! Por satisfacer un capricho tuyo.

JUANINA. ¿Mío?

AMADEO. ¡Ah! ¿no?

JUANINA. ¡No tomes las cosas tan al pie de la letra, Tambor!

AMADEO. ¡Amadeo!

JUANINA. ¡Amadeín! Fíjate en la intención alguna vez. Yo, que sé que te pereces por la música, ¡lo eché todo a rodar por darte a ti gusto!

AMADEO. Muchas gracias, monada. Pero ¡no vayas ahora a dejarme sin oír ni un violín, ya que tanto me mimas!

JUANINA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracia tienes, maridito! ¡Como que otra de las prendas que a mí me conquistaron de ti, fué la gracia! *Se le acerca a achucharlo cariñosamente.* ¡Aum, aum, aum! ¡La gracia de los hombres serios no se parece a nada en el mundo!

AMADEO. ¡Mujer!...

JUANINA. Porque todo se puede dudar menos que tú eres un hombre serio.

AMADEO. ¡Muy serio! En este momento, sobre todo. ¿Lo oyes, Juanina?

JUANINA. ¡Ay, qué entrecejo!

AMADEO. ¿Lo oyes?

JUANINA. Sí, sí; no te impacientes ni te enfades. Ya voy a vestirme. Ya he pensado la combinación.

AMADEO. ¡Pues corre a aprovecharla, no se te vaya de la cabeza!

JUANINA. ¡Va a maravillarte mi rapidez! Pero, antes, reconoce que si vamos al concierto es por ti, porque a mi la música... ¡uf! ¡pa el gato!

AMADEO. ¿Qué expresión del arroyo es ésa, Juanina? ¡Pa el gato!

JUANINA. Hombre, ¡estamos aquí en confianza! ¡Como también fuimos anoche al teatro por complacerte!

AMADEO. ¡Natural!

JUANINA. ¡Qué lata de comedia! ¡Yo lloré de abu-

dal ¡Qué lata! Pero ¿es posible que te guste yo
nto y que te guste aquella comedia? ¡No, no es po-
ble! ¡Qué lata! ¿Es posible, Amadeo? ¿Te gusta
uella comedia de verdad?

AMADEO. ¡Mujer, no es ocasión ahora!...

JUANINA. Sí te gusta, sí; no lo nieges. ¡Parece im-
sible! Te gusta porque está todo muy justificado y
muy verosímil. ¡Muy aburrido, pero muy verosí-
l! A mi me apestan las obras verosímiles. Yo
iero disparates, disparates, cosas imprevistas, sin
es ni cabeza...

AMADEO. ¡Como en casa!

JUANINA. ¡Como en casa, dice!... *¡Salao!*

AMADEO. ¡Como en casa, sí, como en casa! ¡Dé-
e de sales ahora! ¡Qué tarabilla!

JUANINA. ¡Ah! ¿Es que en casa disparatamos?
uién disparata aquí?

AMADEO. ¿También he de ser yo? ¡Bah! ¡No hay
mor que baste! ¡A un santo quisiera yo ver en mi
gar!

JUANINA. ¿Qué, qué, qué? Pero ¿es que te enfadas
veras?

AMADEO. Pues ¿no he de enfadarme?

JUANINA. Sí, ¿verdad?

AMADEO. ¡Claro! ¿No tengo motivos?

JUANINA. ¿Motivos tú? Oye, oye, ¿qué ojos de
ntera son ésos?

AMADEO. ¡De pantera debieran ser! ¿A ti te pare-
regular esta escena? ¡Quedamos anoche en salir
y de casa a las seis, porque se te puso en la cabe-
no recibir a nadie y que nos fuéramos al con-
erto...!

JUANINA. ¿Insistes en que fué cosa mía?

AMADEO. ¡Y, según van las cosas, nos darán aquí
s siete de la tarde, hablando paparruchas o discu-
endo el jinojo de los zapatos!

JUANINA. ¿El jinojo? ¿El jinojo has dicho? ¡Pues yo no tolero palabrotas!

AMADEO. ¡Ni yo las digo nunca! ¡Y menos a ti ¡Jinojo no es una palabrota!

JUANINA. ¡Le anda muy cerca, porque le sirve de pantalla a cualquiera peor!

AMADEO. ¡Juanina, no me agravies!

JUANINA. ¡No me ofendas tú a mí los oídos! ¡No sé por qué ha de ser mal sonante *¡pa el gato!* y ha de sonarme a música *¡jinojo!*

AMADEO. Retiro la palabra, si te molesta.

JUANINA. Bien retirada está.

AMADEO. Pues ¡a ver si te vistes de una vez, qué hacemos!

JUANINA. Mira, rico, que peores que las palabras feas son los malos modos.

AMADEO. Pero ¿es que te has propuesto exasperarme?

JUANINA. ¡Es que no tolero malos modos! ¡Ni a ti ni a nadie! ¿oyes? Estoy yo muy mimada de todo el mundo para tolerarlos. ¡Hasta aquí podíamos llegar ¿Qué te sorprende de estas genialidades mías ahora ¡Así me quisiste! ¡Así te enamoré! ¡Nada te hacía más gracia!

AMADEO. ¡Porque yo no sospechaba lo que era esto... a diario!

JUANINA. ¡Ni yo tampoco lo que era encerrar la vida en un tablero de ajedrez, como dice el primo Tristán! El peón, aquí; el alfil, aquí; el caballo, aquí ¿Es esto un cuartel, por ventura? ¿No ha de tener una, ni en su casa, alguna libertad de movimientos ¿alguna concesión al cariño? ¡Carambola! ¡O jinojo ya que suena tan bien! ¡Las criaturas tan mimadas como yo necesitan de esto para poder vivir! ¡Yo quiero desayunarme a diario con besos y caricias Y si a ti te cansa, no seré yo quien te fatigue. Pronto

go la maleta y me voy con mi madre, que está lla-
ndome a todas horas.

AMADEO. *Impacientísimo*. Pero, bueno... pero,
eno...

JUANINA. Y si no con mi madre, con mis tíos, los
San Sebastián. ¡Poco que me quieren! Y ¡poco
e me encanta a mí San Sebastián! Más en otoño
e en verano. ¡Oh, qué playa! ¡Qué Monte Igueldo!
quien dice con mis tíos, dice con mi abuela, a Ga-
ia. ¡La pobre! ¡Chica alegría iba a darle si me viera
arecer por las puertas!

AMADEO. ¡Basta ya, Juanina, basta ya! ¡Te prohi-
que sigas desbarrando!

JUANINA. ¿Desbarrando, eh?

AMADEO. ¡Desbarrando! ¡A ti te agradarán los
sparates y las comedias inverosímiles, pero...!

JUANINA. ¿Qué me quieres decir?

AMADEO. ¡Pues, sencillamente, que no se trata
ora de que te vayas con tu madre, o con tus tíos,
con tu abuela!...

JUANINA. Tú, tú, tú, más respeto para mi familia.

AMADEO. ¡Déjame de impertinencias ya! ¡Aquí
se trata en este momento más que de resolver si
fin vamos al concierto o no vamos! ¡Porque por
trazas!...

JUANINA. Por las trazas, tú harás lo que quieras,
ro yo, desde luego, no voy.

AMADEO. ¿Que no vas?

JUANINA. Que no voy.

AMADEO. ¿Decididamente?

JUANINA. ¡Decididamente!

AMADEO. ¡Ajá! Así han de ser las cosas. Tú no
s al concierto, porque se te ha torcido el humor...

JUANINA. ¡Cabalito!

AMADEO. ¡O porque siempre has de hacer lo
ntrario de lo que te propones!...

JUANINA. ¡Ajá! ¡No hay nada más sano!

AMADEO. Y como a mí me desagrada ir a ninguna parte sin ti...

JUANINA. ¡Jajay qué risa!

AMADEO. Nada; no conseguirás desviarme de mi pensamiento ni de mi conclusión. Como a mí me desagrada ir a ninguna parte sin ti...

JUANINA. ¡Miau!

AMADEO. ¡Yo no voy tampoco! Luego ya sabemos a qué atenernos: ¡no vamos al concierto ninguno de los dos!

JUANINA. ¿Le ponemos al acuerdo un timbre móvil?

AMADEO. Sin timbre ninguno: ¡no vamos al concierto ninguno de los dos! ¡Esto es inconmovible!

JUANINA. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón! Redoble de tambor.

AMADEO. Pero ten entendido que es hoy nada más. Otro día cualquiera no pasa adelante una discusión parecida. Digo yo: «Vamos a tal sitio», y vamos. Lo dices tú, y vamos también.

JUANINA. ¡O no vamos!

AMADEO. Sí vamos; porque yo te mandaré obedecerme.

JUANINA. ¡O no vamos!

AMADEO. ¡Pues tendremos un disgusto grave!

JUANINA. ¡Pon, porrón, porrón!

AMADEO. Sin burlas. Juegas demasiado con mi bondad. Y es necesario que no olvides la Epístola que nos leyó el sacerdote el día de nuestra boda.

JUANINA. Y ¿tú crees que yo me enteré?

AMADEO. ¿Qué dices?

JUANINA. ¿Tú te piensas que yo estaba aquel día para escuchar la Epístola?

AMADEO. ¡Juanina! ¡Si no hay más día que eso para escucharla! ¡Si se va a eso nada más! ¡En los

ños que tengo no he oído un desatino semejante!

JUANINA. ¡Claro! ¡Tú no perderías una coma! Bueno eres! Además estabas en tus cinco sentidos; omo si casarse fuera tomarse un refresco.

AMADEO. ¡No está mal refresco!

JUANINA. ¡Y habías dormido a pierna suelta la oche antes! Pero yo, que no logré pegar un ojo... Qué preocupadísima la pasé!... Como que todo el nundo era a decirme lo mismo: «No te hagas iluiones: al marido no se le conoce hasta el día siuiente al de la boda...» ¡Querías tú que tuviera yo nis nervios para escuchar la Epístola!

AMADEO. ¡Bah, bah, bah; siguen los disparates! Esto ya... esto ya es teatro de vanguardia!

JUANINA. ¡Siguen, siguen; y van a seguir mucho iempo! ¡Disparates, disparates!... ¡Vivan los disparaes! ¡Cada cinco minutos, un plan distinto! ¡Pensar na cosa y hacer sin remedio la contraria! ¡Lo demás s aburrirse de muerte! ¡Que te diviertas en el conierto, Tambor!

AMADEO. ¡Si no vamos! ¡Si ya se ha acordado que no vamos!

JUANINA. *Sin atenderlo, se marcha por donde salió, mitando el redoble del tambor con que acostumbra eplicarle.* ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón!

AMADEO. ¡Y se va burlándose! ¡Hay que verlo! Redoblando! ¡Yo no puedo más! ¡Acaba conmigo esta muñeca!

Vuelve Cruz, y al ver la agitación de su hermano, después de contemplarlo un poco, le pregunta:

CRUZ. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

AMADEO. ¡Hola, hermana!

CRUZ. ¿Qué sucede? Te veo desquiciado.

Amadeo. ¿Qué ha de suceder? ¡Lo de todos lo días! ¡La gresca número treinta mil y pico! Ya h perdido la cuenta.

Cruz. ¿No vais al concierto?

Amadeo. Ya, no.

Cruz. ¿Cómo que no? ¿Tú no estás vestido par ir? Me dijo Joselito...

Amadeo. Hace media hora, íbamos a ir, siguien do la ventolera de anoche; pero ahora ya no vamo

Cruz. ¿Por qué?

Amadeo. ¡Por qué! ¡Por qué! ¡Pregúntale a u gorrión por qué cambia de rama! ¡Por qué! ¡Por qu

Cruz. Y ¿tú lo consientes?

Amadeo. ¡A ver!

Cruz. ¿Me permites que te diga, Amadeo, qu eres un calzonazos?

Amadeo. ¡Ya me lo has dicho sin que te dé permiso! Pero, no: te equivocas; no soy un calzon zos, Crucita: soy simplemente un pobre marido en morado de su mujer.

Cruz. La que no le corresponde, por cierto, cua do lo hace sufrir de este modo. Pero no olvides que el cariño bien entendido no debe ser sólo mim y dulzura; debe ser algo más: inteligencia, educació voluntad, energía, si fuera menester...

Amadeo. Todas esas armas cuentan en el mío ¡Y las empleo inútilmente!...

Cruz. Bien te lo previne: «Vive en guardia, Ama deo; es hija única, y muy mimada. La camisita d fuerza, desde el principio.»

Amadeo. *Suspirando.* ¡Ay, ay, ay!...

Cruz. Y esto de hoy no se lo debes consenti ¡De ningún modo! Y mucho menos habiéndote hech trastornar el orden de vuestra vida por lograrlo ell ¿No quería concierto a todo trance? ¡Pues concie to! ¡Esta tarde debes hacerle oír hasta la última not

AMADEO. No delires, Cruz.

CRUZ. No deliro: me pongo en tu dignidad de arón. Primero, se lo razonas, se lo ruegas; luego, se o pides; después, se lo mandas; y últimamente, si ún se resiste, la agarras por el moño, y la llevas.

AMADEO. ¡Por el moño!... ¡Si se ha pelado antes e ayer!

CRUZ. ¿Que se ha pelado? ¿Contra tu gusto?

AMADEO. ¡Por hacer el suyo, como siempre! ¡Eso í: ya está arrepentida!

CRUZ. ¡Buen consuelo! ¡Es increíble, Amadeo! Yo, en tu lugar, ¡la hubiera ahogado!

AMADEO. Yo, no. Me he limitado a reprochárse-o... a llevarme un disgusto... y a guardar sus cabe-os en una cajita de cristal... para verlos siempre... Son los mismos, Cruz, son aquellos que me cautiva-an desde sus trece años!...

CRUZ. Me da pena oírte. Pena y coraje. Voy a ablar ahora mismo con esa mona.

AMADEO. Mira, déjate... No la enredemos otra ez.

CRUZ. Los pelos que se ha cortado no puedo po-érselos, ¡pero vais al concierto esta tarde!

AMADEO. ¡Si ya hemos quedado definitivamente n que no!

CRUZ. ¡Pues vais al concierto!

AMADEO. ¡No compliques, por Dios, las cosas, on tu talento ecuánime!

CRUZ. De esto no me apeas, Amadeo. ¡Vais al oncierto! *Éntrase por la puerta de la derecha.*

AMADEO. Pero, señor, ¿es que voy a servir yo de uguete de la una y de la otra? ¡He dicho ya que no, no! ¡Al concierto no vamos!

Llegan por la izquierda Carmelo y Tristán. Car-nelo es el esposo de la señora que se acaba de ir. Ya iene bastante. Tristán es un primo de Juanina, dibu-

jante de moda, un tanto enamorado de ella. Lleva siempre consigo un álbum de bolsillo, y aprovecha todas las ocasiones que se le ofrecen para tomar apuntes, generalmente de mujeres.

CARMELO. ¡Chico, qué solo estás!

AMADEO. ¡Hola!

TRISTÁN. ¡Qué cara de aburrido tienes!

AMADEO. ¡Hola, Tristán!

TRISTÁN. ¿Y mi prima?

AMADEO. Allá dentro.

CARMELO. ¿Y mi mujer?

AMADEO. Con ella. Ahora acaba de irse.

TRISTÁN. Pero ¿no ha venido nadie esta tarde?

AMADEO. Nadie. Hemos telefoneado a los asiduos que no vinieran, porque íbamos a salir.

TRISTÁN. ¡Ah! ¿vais a salir?

AMADEO. ¡Ibamos!

CARMELO. ¿No salís ya?

AMADEO. No. ¡Ibamos!

TRISTÁN. Me alegro.

CARMELO. Y yo.

AMADEO. ¿Os sentís tresillistas?

CARMELO. ¡Qué hacer!

AMADEO. Pues ahora vengo... a que me ganéis unos cuartos. *Vase por el gabinete, hacia la derecha.*

TRISTÁN. ¡Qué hombre más plúmbeo!

CARMELO. ¿Amadeo? ¡No!

TRISTÁN. ¡Plúmbeo! ¡La cantidad de lápiz plomo que se podría sacar de sus huesos!

CARMELO. Asomó el dibujante.

TRISTÁN. Plúmbeo y triste. Compadezco a mi prima.

CARMELO. Eso es lo que te ocurre a ti: que en-

vidias a Amadeo porque se ha casado con ella.

TRISTÁN. Y lo envidio; es verdad. Lo cual nada quita ni pone en su pesadez. Esto es independiente. Si pesara el espíritu como la carne, Amadeo partía todas las básculas.

CARMELO. Envidia, envidia; y no de la bien intencionada.

TRISTÁN. ¡Ni mucho menos! Estamos en familia.

CARMELO. ¡Por eso no lo debías decir!

TRISTÁN. ¡Pobre Juanina! ¡Pobre Cascabel! ¡Una mujer tan varia, tan múltiple, irisada de mil colores, casada con un hombre tan igual, tan rítmico, tan gris!... ¡Qué desesperación!

CARMELO. Y ¿por qué no se la disputaste a tiempo?

TRISTÁN. ¡Porque ella nunca me hizo caso! ¡Si además está enamorada de él, que es lo más absurdo!

CARMELO. Por contraste, quizá.

TRISTÁN. Por lo que sea; pero el resultado es que nunca será feliz al lado suyo. Es una gran desgracia.

CARMELO. No saques las cosas de quicio, Tristán; no desatines. ¡Si tu prima es dichosa con que le compren un muñeco!

TRISTÁN. Ese es el error. No es tan frívola como parece. Pero Amadeo le hablará siempre de cosas que la aburran, que no le interesen; vulgares, prosaicas...

CARMELO. Sí, sí.

TRISTÁN. Y Juanina es mujer espiritual, de ensueño, de quimera; para despertarle una ilusión cada minuto; para descubrirle horizontes insospechados; para arrullarla en una góndola una noche en Venecia...

CARMELO. ¡Ya, vamos, ya! Una noche... en Venecia. Eres un teórico.

TRISTÁN. ¿Por qué?

CARMELO. ¡Un teórico! Ves a las mujeres como dibujante; en la posturita que más te agrada; en el momento que más te seduce; con el traje más lindo... ¡Quieta ahora! Un apunte... y a casa. Y no es eso, querido.

TRISTÁN. ¡Ya sé yo que no es eso!

CARMELO. Una noche en Venecia, con una mujer seductora, está muy bien; pero el matrimonio... ¡son todas las noches, en Madrid!

TRISTÁN. ¡Ja, ja, ja!

CARMELO. ¡Y todos los días, uno tras de otro! El matrimonio no es nunca un apunte de una hojita de álbum; es... es todo un cuadro al óleo: ¡un cuadro de historia!

TRISTÁN. ¿Tamaño académico?

CARMELO. ¡Tamaño natural! Para conocer bien a una mujer—aguarda, no venga la mía—hay que estar con ella desde que te despiertas por la mañana hasta que te duermes por la noche. ¡O hasta que te haces el dormido, que se dan casos!

TRISTÁN. Se dan casos, ¿eh?

CARMELO. Doy fe de ello. El desayuno, el almuerzo, la merienda, la cena, el paseo, las visitas, las diversiones... y luego, por contera, la justificación de lo que haces sin su compañía. ¡Los entreactos! ¡Cuando te sales al pasillo a fumar! Este capítulo para mí es muy grave; porque tengo poca inventiva.

TRISTÁN. Pues, chico, será eso; será que te falta genio para llevarlas; porque yo, en mis dos o tres simulacros de matrimonio, me he bandeado muy bien.

CARMELO. ¿Simulacros... y dos o tres? Teoría, teoría... ¡Cuando digo que eres un teórico! El croquis o el boceto para la cubierta del libro o de la revista... y a otra cosa. ¡Ya, ya!

TRISTÁN. Aquí viene tu dulce compañera.

CARMELO. Pues como no me ve desde la hora

del almuerzo, porque tuve que salir en seguida, ¡entérate del entreacto! Toma nota.

Por la puerta de la derecha vuelve Cruz.

CRUZ. Me había parecido oírte hablar.

CARMELO. Sí; he llegado con éste hace un ratillo.

CRUZ. ¿Cómo estás, Tristán?

TRISTÁN. Bien; para servirte, elegantísima parienta.

CARMELO. El dibujante de las damas te llama elegantísima.

CRUZ. Es un adulador. ¿Y Amadeo?

CARMELO. Ahora viene.

CRUZ. *A Carmelo.* ¿Qué te has hecho tú por ahí?

CARMELO. ¡Uh! Varias cosas.

Tristán saca su álbum, y toma un apunte de Cruz, sonriéndose del diálogo matrimonial. Entre Carmelo y él se cruza tal cual guiño de inteligencia.

CRUZ. ¿Fuiste al Círculo?

CARMELO. Sí; lo primero.

CRUZ. ¿Quién había allí?

CARMELO. Figúrate: ¡la mar de socios!

CRUZ. No; sin broma.

CARMELO. Sin broma: ¡había la mar de socios!

CRUZ. Digo de los que tú buscabas. ¿Viste a los dos?

CARMELO. Los vi.

CRUZ. Y ¿qué?

CARMELO. Están conformes. Mariscal vende desde luego la finca.

CRUZ. ¿En lo que queríamos?

CARMELO. Sí. Irá mañana a hablar contigo.

CRUZ. Bueno. Y ¿qué más?

CARMELO. De eso, nada más.

CRUZ. Pero ¿qué más has hecho?

CARMELO. Jugar al billar media hora.

CRUZ. ¿Con quién?

CARMELO. Con Polo Maldonado.

CRUZ. ¿El que siempre te gana?

CARMELO. El mismo.

CRUZ. Hoy te habrá ganado también.

CARMELO. También.

CRUZ. Y ¿por qué no juegas con otro, corazón?

CARMELO. Porque así aprendo. Dicen que perdiendo se aprende.

CRUZ. Y ¿adónde fuiste después de jugar?

CARMELO. ¿Adónde fuí yo?

CRUZ. ¡No me inventes!

CARMELO. No te invento, hija mía: fuí a casa del sastre.

CRUZ. Es verdad, sí; que te había citado para hoy. ¿Y luego?

CARMELO. Luego me alargué hasta la Castellana a estirar las piernas.

CRUZ. ¿Había mucha gente en el paseo?

CARMELO. Todavía poca, porque era temprano.

CRUZ. ¿Gente conocida?

CARMELO. Chica, con el volar de los *autos* no se conoce a nadie. Frente a la estatua de Castelar, a quien reconocí porque está parado, topé con éste, y nos encaminamos hacia aquí. ¿Explicado a satisfacción el entreacto?

CRUZ. Explicado.

CARMELO. ¿Has oído, Tristán, el interrogatorio?

TRISTÁN. ¿Cómo no?

CARMELO. Pues anota, anota.

CRUZ. ¡Me interesan los pasos que da mi marido cuando va sin mí!

TRISTÁN. ¡Es muy justo! Y ¿él está a la recíproca?

CARMELO. Sí; porque sin que yo le pregunte nada, ella me lo cuenta.

CRUZ. ¡Como debe ser!

En esto, por la puerta de la salita aparece Juanina arreglada para ir al teatro, porque al fin ha encontrado zapatos que ponerse, y simultáneamente, por la derecha del gabinete, Amadeo, en traje de casa. Su estupefacción al reparar en ella es indescriptible.

TRISTÁN. ¡Primita!

JUANINA. ¡Primito! Carmelo, Dios te guarde.

CARMELO. Y a ti, tesoro.

JUANINA. Pero, ¡Amadeo!

AMADEO. ¿Qué?

JUANINA. ¿Cómo estás ahora así?

AMADEO. ¿Y tú, cómo vienes tan compuesta?

JUANINA. ¡Ay, qué gracia!

AMADEO. ¡Gracia, ninguna! ¿Adónde vas?

JUANINA. ¿Estás loco, vidita? ¡Al concierto! ¿Adónde he de ir?

AMADEO. ¿Al concierto?

JUANINA. ¿De qué te asombras? ¿No les hemos avisado a nuestros amigos que no vinieran hoy porque íbamos a ir al concierto? ¡Si estamos hablando de esto desde anoche!

CRUZ. Tiene razón Juanina.

AMADEO. ¿Eh?

CRUZ. Tiene razón.

AMADEO. ¡Ah! ¿tiene razón? ¿Tú le das la razón?

CRUZ. ¡Claro!

JUANINA. ¡Claro! ¡Como que la tengo!

AMADEO. *Fuera de sí.* ¡Pero si no hace diez minutos me has dicho tú misma, ¡jinojo! que no ibas ni atada al concierto!

JUANINA. ¿Yo? ¡Yo no he dicho tal cosa!

AMADEO. ¿Cómo que no?

JUANINA. ¡En qué cabeza cabe! ¿Veis qué hombre? ¡No hay quien haga carrera de él! ¡Vive en contradicción continua! ¡Acabará por aburrirme! ¡Mira que ponerse de casa!... ¡Vamos!

Amadeo quiere hablar y no puede. Ha perdido la palabra de pronto, como un loro a quien se le olvida en un segundo todo lo que sabe. No hace ya sino volverse indignado a cuantos se dirigen a él, pretendiendo en vano articular una sola sílaba.

AMADEO. ¡Hep!...

CRUZ. No te ofusques, hermano. Yo misma, ¿no te dije que entraba a convencerla?

AMADEO. ¡Hep!...

JUANINA. ¡Pero si no hacía falta convencerme! ¡No, y lo que es sin el concierto no me dejas, precioso! ¡Es un programa extraordinario!

AMADEO. ¡Hep!...

JUANINA. ¡Claro que ya llegamos tarde! ¡Con lo que a mí me subleva llegar tarde!...

AMADEO. ¡Hep!...

JUANINA. Tú harás lo que quieras, ¿lo oyes? Pero yo me marcho ahora mismo. Anda, Cruz. Acompáñanos tú, Tristán.

TRISTÁN. Con mil amores, primita del alma.

JUANINA. ¿Tiene una marido para esto?

AMADEO. ¡Hep!...

Se va decidida por la izquierda, seguida de Tristán.

CRUZ. *Con toda solemnidad, a Amadeo, que aún permanece mudo, en fuerza de sobrarle palabras y razones.* Por mucho que me duela, he de decírtelo: ahora no has estado en tu papel. Mañana temprano vendré a leerte la cartilla.

AMADEO. ¡Hep!...

CRUZ. *A Carmelo.* Compra tú unos bombones y vete al teatro sin detenerte en ninguna parte. Platea número 7. Hasta luego.

CARMELO. Hasta ahora.

CRUZ. No tardes, ¿eh? *Se va presurosa.*

Los dos maridos se contemplan. Pausa.

CARMELO. ¿Qué? ¡Te echan fuego los ojos! ¿Renieas quizá de tu suerte?

AMADEO. *Recobrando el habla.* ¡Sí, hijo, sí! No he odido hablar hasta ahora, y me alegro, porque huiera dicho atrocidades. Esa mujer, a quien adoro, e entierra.

CARMELO. ¡Uno ha de morir antes que el otro! ero no te quejes demasiado: ¡te deja esta tarde por ya! ¡Eres libre una tarde!

AMADEO. ¡Ca, hombre, ca! ¡Soy un calzonazos! é lo ha llamado tu mujer... y ¡esa sí que tiene zón!

CARMELO. ¡Hay que dársela, aunque no la tenga!

AMADEO. ¡La tiene! ¡Soy un calzonazos!

CARMELO. Pero ¿por qué?

AMADEO. ¡Tú lo verás dentro de diez minutos! oselito!... ¡Joselito!... *Vase por la derecha del gabiete, llamando a Joselito.*

Carmelo lo contempla con una sonrisa de esclavo losófico, entre compasiva y burlona.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

n el mismo lugar que el acto primero, quince días después. Es a media tarde.

Se celebra una grave reunión familiar. Aparecen, ntados convenientemente, Juanina, Amadeo, Cruz, armelo y Tristán, conocidos ya de nosotros, y don ermín y doña Clara, que por sí mismos nos dirán en guida quiénes son y cuál es su papel en tal instante.

AMADEO. Bien; ya estamos todos.

DOÑA CLARA. ¿Todos? ¿Y la tía Mercedes?

CRUZ. No puede venir; anda delicaducha.

DOÑA CLARA. Es verdad; la pobre no pasa un a bueno.

AMADEO. Luego estamos todos.

JUANINA. ¡Sí, hombre, sí! ¡Que conste en acta! stamos todos!

CRUZ. No empecemos, Juanina.

AMADEO. Diga lo que quiera; no conseguirá que o me descomponga. Me he jurado a mí mismo, al ceder a esta reunión familiar, al convocar a usteés a este acto, tan solemne como el de mi camiento...

JUANINA. ¡Pon!

AMADEO. O más todavía...

JUANINA. ¡Porrón!

AMADEO. Oírlo todo, aun las mayores inconveencias, sin perder mi serenidad ni mi equilibrio.

Ya se me puede llamar... se me puede llamar... Bue
no; basta. No necesito... Basta.

JUANINA. ¡Primera vez en su vida que no acab
un párrafo! ¡Se va a caer una estrella!

Amadeo toca un timbre.

CRUZ. Me permito advertirte, Juanina, que es de
masiado serio el caso de que se trata para que n
resulte impertinente la actitud en que estás.

JUANINA. Pronto salta el abogado defensor. Yo n
en este acto ni en ninguno puedo volverme otra. So
como Dios me ha hecho. *A Amadeo.* Por tu desgra
cia; ya lo sé. No hagas gestos significativos. Ademá
es teoría muy suya cuando se encastilla en una cos
«¡Yo soy así; yo soy así!» Y punto redondo. ¡Pue
yo soy asá!

DON FERMÍN. Bien, bien; pero, pregunto yo...

AMADEO. Un instante. *A Joselito, que aparece po
la izquierda del gabinete.* Joselito: venga quien veng
yllame quien llame por teléfono, no hay nadie en cas

JOSELITO. Ya estaba yo en eyo.

AMADEO. No hay nadie en casa.

JUANINA. Van dos.

AMADEO. Esta tarde no hay nadie en casa.

JUANINA. ¡Tres!

AMADEO. ¡Venga quien venga y llame quien llam

JUANINA. ¡Cuatro!

CARMELO. *A Cruz, a quien ve muy nerviosa.* R
vístete tú también de paciencia, mujer.

JUANINA. Sí, que toda es poca para sufrirme.

CRUZ. Algunas veces, ¡ya lo creo!

JUANINA. Y si no, que lo diga tu hermano.

CRUZ. ¡Ya, ya lo dirá!

DON FERMÍN. Orden, orden.

AMADEO. De modo que te has enterado, Joselit

JUANINA. ¡Se han enterado hasta los vecinos d
junto!

JOSELITO. Los vesinos de junto...

AMADEO. *Reprendiéndolo.* ¡Joselito!

JOSELITO. No iba a desí na malo.

AMADEO. De todos modos; márchate.

JOSELITO. Me marcho, y estate tú tranquilo, que adie te molestará. *Vase por la izquierda.*

JUANINA. ¡*Te* molestará! Ustedes lo han oído: *te* olestará. Los demás, como si no existiéramos. ¡Es ucho don José!

TRISTÁN. La verdad es que yo no me acostumro a este tú por tú del criado.

AMADEO. ¡Hombre, Tristán, ponte en las cosas! i nos ha visto nacer a todos!

TRISTÁN. Sin embargo, tú, tan rigorista... ¡Qué é yo! Esto de que delante de todo el mundo te tuee tu criado...

JUANINA. ¡A buena parte vas! ¡No le toques a don osé, si no quieres perder las amistades para siemre! ¡Don José! ¡Ahí es nada! ¡Don José es aquí el mo! Se come lo que dispone don José, se sale cuano le peta a don José... hay que reírle las gracias a on José, que no tiene ninguna, aunque haya nacido n la Isla... ¡El amo! ¡el amo!

DON FERMÍN. Orden, un poco de orden.

DOÑA CLARA. Dejaos de tiquis miquis y de alfierazos inútiles. No envenenéis también lo pequeño, ue ya hay bastante con lo demás.

DON FERMÍN. Ahí, ahí voy yo.

DOÑA CLARA. Yo, en rigor, no tengo absoluto erecho a intervenir en este asunto; si estoy aquí es orque me lo ha suplicado la madre de Juanina, con uien sabéis que me une estrecha amistad. Ella, que o cree que se trate más que de una barrabasada de stos...

JUANINA. ¡Sí, sí; barrabasada!

DOÑA CLARA. No ha querido ponerse en viaje y

me ha encargado a mí que la represente. Confía en que yo, más imparcial que ella, que al fin y al cabo es madre de la mujer y suegra del marido...

AMADEO. Yo siempre la he considerado como madre.

JUANINA. Menos en aquella discusión de la venta de los terrenos de marras, que te hartaste de llamarle suegra, porque a ti no te daba la razón más que *Tomatillo*.

AMADEO. Como ignoro absolutamente quién es *Tomatillo*, siga usted adelante, señora.

CRUZ. Sí; no es posible estar a todos los saltos y desplantes de un gato chico; ¡por mono que sea!

JUANINA. Tú y yo acabaremos por rifar esta tarde.

DOÑA CLARA. Vamos, vamos... Decía yo que la madre de Juanina, la buena de Isabel, confía más en lo que pueda yo lograr aquí por neutral, que no ella por demasiado interesada. Además, tiene mucha fe en mi larga experiencia matrimonial. ¡Yo he celebrado ya mis bodas de plata y de oro! ¡Si estaré al cabo de la calle de todo género de nublados, tormentas, escaramuzas y peleas de marido y mujer!

CARMELO. Muy bien, doña Clara. Siempre tan discreta y tan bondadosa.

DON FERMÍN. Muy bien, muy bien. Yo, por mi parte, debo decir que asisto a este acto con doble representación: como tío carnal de Amadeo, y además en lugar de su padre, el excelentísimo señor general Villacañas, a quien patrióticos deberes retienen ahora mismo en la Ciudad Condal, donde sirve a su rey y a su patria.

JUANINA. ¡Y a los *hoteleros*, porque sale a banquete diario!

CARMELO. ¡Schsss! ¡Juanina!

JUANINA. *Por Tristán*. Este se ríe.

CRUZ. ¡Como que has estado muy ocurrente!

AMADEO. ¡Cruz!...

CARMELO. ¿Vamos a no perder más tiempo gas-
ndo la pólvora en salvas? Yo, que me tengo por el
ás insignificante, pero por el más pacífico de todos,
que además he sabido acomodarme... o amoldarme
muy buen grado al carácter de mi mujer...

CRUZ. Cierto; cierto.

JUANINA. *En voz baja, pero para que la oigan
los.* ¡A la fuerza ahorcan!

CRUZ. La paz de todos los matrimonios, aunque
e esté mal el decirlo, depende del talento de la
ujer.

JUANINA. ¿Eso quiere decir que yo no tengo ta-
nto ninguno?

CRUZ. ¡Ah! ¡ninguno!

DOÑA CLARA. ¡Por amor de Dios!

TRISTÁN. Pido la palabra para una cuestión pre-
a: ¿quién preside aquí?

DON FERMÍN. Ahí, ahí iba yo.

TRISTÁN. ¡Porque si hablamos todos a un tiempo,
habrá manera de entenderse!

AMADEO. Sin necesidad de que presida nadie,
n que nadie interrumpa inoportunamente a quien
té hablando...

JUANINA. Pues eso empieza por recomendárselo
tu hermana.

AMADEO. A todos se lo recomiendo igualmente.
gue tú con lo que decías, Carmelo.

CARMELO. No es más que una pregunta.

JUANINA. Venga.

CARMELO. ¿Cuál es el motivo fundamental en que
oya este matrimonio su decisión de separarse?

JUANINA. ¡Que no podemos aguantarnos!

TRISTÁN. ¡Más claro, el agua!

AMADEO. Sí; pero esa afirmación es muy abso-
ta.

JUANINA. ¿Muy absoluta? ¿Tú puedes aguantarme a mí?

AMADEO. ¡Hace dos años y medio que te aguanto

JUANINA. Sobre eso habría mucho que hablar Pero ¿estás dispuesto a seguir aguantándome?

AMADEO. Te diré.

JUANINA. ¡Ah! Te diré. Ahora te achicas. Pues yo no me achico: ¡yo no te aguanto ni un día más! ¡Y me separo, y me separo, y me separo! ¡Por buena o por malas! ¡Me separo! ¿Lo oyes, Carmelo? ¡Me separo! ¿Lo oyen ustedes todos? ¡Me separo!

TRISTÁN. ¡Y a mí me parece muy bien!

AMADEO. *Mirándolo.* ¿A ti te parece muy bien

TRISTÁN. ¡Muy bien! ¿No podéis aguantaros? ¡Pue a vivir separadamente para poder vivir!

DON FERMÍN. Ahí, ahí iba yo.

DOÑA CLARA. ¿Iba usted ahí? Pues no vaya usted o deténgase a reflexionar un momento.

DON FERMÍN. Todos los que usted quiera.

DOÑA CLARA. ¿Es que se puede dividir un matrimonio como se rasga una tela en dos partes? ¿Qué idea del matrimonio es ésa? Si todos los matrimonios, al primer contratiempo, al primer disgusto...

JUANINA. ¿Cómo al primero?

DOÑA CLARA. No me interrumpas, niña, como ha recomendado tu marido. Si yo me hubiera querido separar de mi Pepe cada vez que no he podido sufrirlo—su ausencia me perdone—, ¿cuándo hubieran nacido los doce hijos que tengo? Y no olvidéis que el principal objeto que une al hombre y a la mujer es el de crear una familia; y no han de prescindir de ese fin sagrado, porque a él o a ella se le revuelva una mañana la bilis.

CARMELO. Muy bien, doña Clara.

DON FERMÍN. ¡Muy requetebién!

Doña Clara. ¿Se os fué de la memoria ya la pístola de San Pablo?

Juanina. A éste, sí; a mí, no.

Amadeo. ¿A mí, sí, y a ti, no?

Juanina. ¡Eso me dijo usted hace quince días!

Amadeo. *Reprimiendo su indignación.* Bien, bien, ien... Usted me disculpe, doña Clara. Continúe.

Juanina. ¡Se ha creído en serio que es el presiente!

Doña Clara. ¡Y lo es, mocosa! Y ten presente empre, ya que dices que recuerdas la Epístola, que mujer, en todo caso, debe seguir al hombre.

Carmelo. *Aludiendo a su pesar a la suya.* ¡Y lo gue!

Doña Clara. Sobre que las consecuencias de na separación, a vuestra edad, son gravísimas.

Don Fermín. ¡Gravísimas! No verlo es una ceuera voluntaria.

Doña Clara. ¡Vuestras vidas rotas en la flor de juventud!... ¿No lo consideras, Juanina? ¿Qué va a er de ti? ¿Qué va a ser de tu esposo?

Juanina. ¡Yo no pienso meterme en ningún conento!

Doña Clara. ¡Pues peor que peor! ¿Cómo hemos e entender tus palabras, niña?

Entre Tristán y Juanina se cruza, tal vez involunriamente, una mirada que es un relámpago. Amaeo la nota.

Amadeo. Yo en este instante no quiero pensar no en su lamentable inconsciencia.

Doña Clara. Y de los peligros para el homre, en una situación así, aquí donde no está admido el divorcio... —y aunque lo estuviera—¡no se iga!...

Carmelo. ¡Oh! Y el hombre, que es polígamo or naturaleza...

CRUZ. *Atajándolo.* ¡Hasta que se casa será!

CARMELO. ¡Claro! ¡hasta que se casa! Pero si se descasa, Cruz...

CRUZ. ¡Ah! ¡Si se descasa... no me meto!

CARMELO. De ahí los peligros a que se refiere doña Clara. ¡Qué son incontables!

DON FERMÍN. ¡Incontables! ¡incontables!... ¡Y como está el mundo!

DOÑA CLARA. Es verdad, don Fermín: ¡como está el mundo! La moralidad anda por las nubes. ¡Qué perversa mezcolanza en el trato social! ¿Querrán ustedes creer que ha consentido mi casero que al piso bajo de la casa en que vivo, en que no habitamos más que personas decentes, se mude una de las pájaras más escandalosas de Madrid?

DON FERMÍN. Ahí, ahí voy yo.

DOÑA CLARA. ¿También va usted ahí, mi querido amigo?

Risas de todos, a excepción de Amadeo.

TRISTÁN. ¡Por la boca muere el pez, señor don Fermín!

CARMELO. ¡Qué confesión más espontánea!

DON FERMÍN. Seriedad, señores, seriedad... ¿Cómo yo, a mis años...?

CARMELO. ¿Ni cómo había usted de declararlo aquí?...

DON FERMÍN. ¡No, no es eso!... No he pretendido sino corroborar la estupefacción de doña Clara. Y esta buena señora se ha apoyado en mi muletilla para provocar la risa de ustedes...

DOÑA CLARA. Perdone usted la broma.

DON FERMÍN. ¡No hay de qué, doña Clara! Una broma ingeniosa es oportuna siempre. En resumidas cuentas, yo estoy de todo en todo conforme con lo que ella ha dicho.

JUANINA. ¿Sí, eh? ¡Pues yo, no!

Doña Clara. ¿Tú, no?

Juanina. ¡No, señora! ¡Yo no estoy conforme en osoluto! ¡Aunque me aceche el demonio detrás de puerta! ¿Que la mujer debe seguir al hombre? Pues yo me he cansado ya de seguir a éste! Pero onste que en ese particular tengo mi conciencia anquila, pero muy tranquila; porque más capricho- o que él no lo hay; y está por la primera vez que o me haya opuesto a un capricho suyo. ¡Aunque aya tenido que tragarme las lágrimas! Y bien re- ientito está el último: ¿cuándo, si no es por compla- erlo a él, me corto yo el pelo?

Amadeo. *Sin poder contenerse.* ¡Juanina!

Juanina. Sí, sí; fuera caretas. ¡Ha llegado la hora e decir todas las verdades!

Cruz. ¡Mira; no fantasees, como de costumbre!

Amadeo. ¡Habría que fundirla!

Juanina. ¡Lo que he dicho es el evangelio! ¡Me orté el pelo porque a tu hermanito se le puso entre eja y ceja!

Cruz. ¡Te cortaste el pelo contra su voluntad y ontra su gusto! ¡Estoy bien enterada!

Juanina. ¡Por él! Pero ¡buenas matracas me dió on la moda; con que la moda se imponía; con que ra una ranciedad no peinarse a la moda; con que ra *paletismo;* con que era... qué sé yo! ¡Hasta que, ansada de sermones, ¡trás! agarré un día las tijeras y ne lo corté! ¡Qué dolor de pelo!

Cruz. ¡Es que subleva oírla! Ustedes no sa- en...

Amadeo. ¡Yo estoy a punto de perder la sereni- lad que no quería perder!

Juanina. Pues piérdela, piérdela, que te vendrá nuy bien. ¡Me va a hacer a mí mucha gracia verte lescompuesto!

Don Fermín. Orden, orden.

CRUZ. Voy a seguir yo hablando. *A Carmelo.* Tú te callas ahora.

CARMELO. Callado estoy, Cruz.

CRUZ. Pues sigue callado. Digo, doña Clara, cogiendo el hilo del asunto, para no perdernos en esta madeja de dimes y diretes, que mal se compadece la afirmación que ha hecho Juanina de que no puede aguantar a Amadeo, con la conducta que ha seguido durante los tres días que llevan separados en casa. Ella en unas habitaciones y él en otras, ¿verdad? Pero ella no ha parado de investigar en todo momento qué comía él, qué no comía, cuándo salía, cuándo entraba...

JUANINA. ¡Claro! ¡Como que no soy una fiera! ¿Y él, no hacía otro tanto?

CRUZ. ¿Quién lo niega?

JUANINA. Pero él es más hipócrita. Lo ha hecho a hurtadillas. Por el agujerillo de la cerradura me ha mirado siempre que yo he pasado por su puerta. ¡Bien que brillaba el ojo!

DOÑA CLARA. Pues eso te demuestra, criatura, que os queréis, y que esto de ahora no es más que una nubecilla de verano.

JUANINA. ¡Ca!

DON FERMÍN. ¡Ni más ni menos, por lo que se ve!

JUANINA. ¡Ca!

CARMELO. ¡Claro, hija, claro! Aquí pretendía yo venir a parar.

CRUZ. Pues ¿por qué, si no, he querido yo sacar a colación estas secretas ternuras del uno y de la otra? Nuestra misión es analizar los hechos fríamente.

DON FERMÍN. Ahí, ahí.

JUANINA. ¡Toda la familia de acuerdo! ¡Ya contaba yo con la huéspeda! Esta reunión es un puesto

de la Plaza Mayor en Navidad: ¡no hay más que Tambores! Ojo, ¿eh? que el mote se le debe al general *Bum-Bum*.

CRUZ. ¡Juanina!

JUANINA. ¡Qué pamema! ¡Dar esta campanada de reunión para dejar las cosas como estaban! ¡Nube de verano! ¡Jajay, qué risa! ¡Nube de verano! ¡Como que por un momento de flaqueza va a olvidar una todo lo demás!

DOÑA CLARA. ¿Todo lo demás?

JUANINA. ¡Es natural, señora! ¡Yo seré muy Cascabel, pero por lo visto peso mucho más que seis Tambores juntos! ¡Nube de verano! ¡Nube de verano!

DOÑA CLARA. Niña, niña, no sigas adelante. Y ya que nos das a entender que hay en tu ánimo mayores causas, dilas.

DON FERMÍN. Ahí, ahí. Es necesario concretar las cosas. No basta decir: «¡No nos podemos aguantar!» No, no basta.

DOÑA CLARA. No puede bastarnos a nosotros. Expón, expón tus razones, tus fundamentos...

DON FERMÍN. Acusa, acusa si es menester. ¿Qué falta ha cometido Amadeo? ¿Qué falta grave? ¿En qué te ha ofendido que no se pueda remediar? ¿Se distrae de ti? ¿Por ventura tiene algún devaneo...?

JUANINA. ¿Eh? ¡Si tuviera algún devaneo, le sacaba los ojos!

AMADEO. Y yo me los dejaba sacar.

CRUZ. Eso es nobleza; quéjate, niña, quéjate.

JUANINA. ¡Ah, ah! ¡Qué cosa ha dicho! ¡Qué asombro! ¡La hermana ha abierto un palmo de boca! ¡Él se dejaba sacar los ojos! ¡Ah! ¡ah! ¡Este hombre es un santo! San Amadeo, Tambor y mártir. ¡A los altares en seguida con él! ¡Este hombre no es para este mundo! Pero como yo no soy más que para

éste, lleno de defectos y de flaquezas, me alejo de él como una apestada, y me separo, y me separo, y me separo.

DOÑA CLARA. Pero, tarabilla, ¿quieres callar?

JUANINA. ¡Y me separo, y me separo!

AMADEO. Como ven ustedes, ahora se trata de jugar a eso: a separarse. Jugó primero a tener novio, luego jugó al día de la boda y ahora quiere jugar a la separación.

JUANINA. ¡Ajá! Ahora me ha dado por ahí. Soy una chiquilla insustancial y sin seso. ¿Qué les parece a ustedes la opinión que de mí tiene mi marido? ¿Quién obliga a un hombre tan pesado a vivir con una mujer tan ligera?

AMADEO. Sobre este punto he de decir yo cuatro cosas.

JUANINA. ¿Cuatro cosas?

AMADEO. Cuatro.

JUANINA. Ni una más ni una menos: cuatro.

AMADEO. ¡Ajá!

JUANINA. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón!

AMADEO. Puedes redoblar cuanto quieras y reírte de mí hasta cansarte. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón! Pero escucha lo que voy a decir a la familia, como si fuera un bando.

JUANINA. ¡Porropopopón!

DOÑA CLARA. Mira, Juanina, o adoptas una actitud más seria, como corresponde a este momento, o yo me levanto y me voy. No se puede tolerar ese tono de burla continua.

JUANINA. ¿Qué quiere usted? ¿Que me ponga tan campanuda como éste? ¡Si fuéramos iguales no me separaría de él!

DOÑA CLARA. Lo que quiero, lo que pedimos todos, es que de una vez concretes tus cargos en debida forma.

JUANINA. ¡Pues me voy a llevar hablando de aquí a mañana!

CRUZ. ¡Pues llévate! ¡Te escucharemos!

DON FERMÍN. Ahí, ahí.

TRISTÁN. Pero, señores, ¿no creen ustedes que basta y sobra con lo que al comenzar ha dicho? ¡Que no se pueden aguantar! ¿Por qué hemos de forzar a dos seres, que están rabiando de verse juntos, a que vivan juntos? ¿En nombre de qué ley divina ni humana?

DOÑA CLARA. Calla tú, pintamonas; no metas ahora la patita.

JUANINA. Le prevengo a usted, doña Clara, que por más vueltas que se le dé, todo es eso. ¡No nos podemos aguantar! ¡Yo no puedo aguantarlo! Mi martirio empieza con el día. Abro los ojos, voy al cuarto de baño, y me encuentro a este hombre con el capuchón haciendo gimnasia sueca. ¡No puedo acostumbrarme a esos movimientos! ¡Me da unos sustos espantosos! ¡No puedo acostumbrarme!

AMADEO. ¡Pero si no me ve jamás! ¡Si yo me levanto a las ocho y ella a las once! ¡Y, sobre todo, que eso es una pata de gallo; y yo necesito la gimnasia! ¡Me importa conservarme ágil y fuerte!

JUANINA. ¡No sé para qué, después de todo! Y con el día se suceden ya las discusiones de todo género. Si él dice que es lunes, a mí parece que es martes.

AMADEO. Pero ¿dejará de ser lunes, aunque a ti te parezca domingo?

JUANINA. ¡Pues me parece cualquier día menos el que él dice que es!

AMADEO. ¡El que es!

JUANINA. ¡O el que no es! ¡Porque Tambor también se equivoca! ¡Una vez me dijo que era el día de la Virgen del Carmen, y era San Joaquín!

AMADEO. ¡Eso fué siendo novios! ¡Y todavía colea! ¡Y no hay ocasión en que la dichosa anécdota no salga a relucir!

JUANINA. El caso es que, apenas amanece Dios, nos agarramos. En seguida salta la cuestión de la hora. ¡A la fuerza ha de ser siempre la hora que marca su reloj!

AMADEO. ¡Como que es un reloj muy fijo, y el tuyo está loco!

JUANINA. ¡Por eso precisamente me gusta!

AMADEO. ¡Lo creo muy bien! ¡Pero la hora es la que marca el mío!

JUANINA. Nos ponemos a desayunar, y está por la primera vez que hagamos un desayuno tranquilo.

DOÑA CLARA. Pero ¿por qué causa?

JUANINA. ¡Porque si él quiere chocolate, yo quiero café!

DOÑA CLARA. ¡Pues tomad cada uno lo que os dé la gana!

JUANINA. ¡No puede ser! ¡Hemos de desayunar lo mismo los dos! ¡Otra cosa es intolerable!

AMADEO. ¿Cuándo ha pasado eso, Juanina?

JUANINA. Además, ha perdido el olfato, y esto me da a mí una rabia terrible. ¡No huele nada que usted vea!

AMADEO. Pero ¡eso será una desgracia mía, no un motivo de anulación del matrimonio!

JUANINA. Y así seguimos las veinticuatro horas. ¡Hasta durmiendo peleamos! ¡Sueña en alta voz y me hace pasar unos sobresaltos terribles! «¡Que me matan! ¡Que me la roban!» ¿Quién duerme así? ¡Voy a enfermar del corazón!

AMADEO ¡Pintar como querer!

JUANINA. ¡Como lo del balcón abierto en la alcoba! ¡Se empeña en dormir al aire libre en todo tiem-

po, y vamos a coger una pulmonía! ¡Y va a ser doble, que sería lo peor!

AMADEO. ¡Bah, bah, bah!

JUANINA. Es día de misa: pues basta que él quiera ir a una iglesia, para que a mí se me ocurra ir a otra. Y viceversa.

AMADEO. ¡Viceversa, no! ¡Siempre vamos a la que ella dice!

JUANINA. Pero ¡con qué cara, hijo mío! ¡Por no vértela, me quedaría sin misa! ¡Ello es que, a tuertas o a derechas, no sabe sino llevarme la contraria! Y en cada gresca de estas, que las tenemos un minuto sí y otro no, se le hinchan las venas del cuello, levanta las cejas, y no quieran ustedes oírlo por los pasillos de la casa: «¡Esta mujer es mi perdición! ¡Esta mujer me hunde! ¡Qué cataclismo! ¡Qué ruina! ¡Qué equivocación más rotunda!»

AMADEO. ¿Cuándo he dicho yo nada de eso... a gritos? ¿Cuándo?

JUANINA. ¿Cuándo? ¡Ayer mismo, para no ir más lejos!

AMADEO. ¿Ayer?

JUANINA. ¡Ayer! ¡Las cosas que echó por esa boca, porque hice una trampa en el julepe!

AMADEO. ¡Me molestan las trampas, señor! ¡Y te lo reprendí!

DOÑA CLARA. ¡Hizo muy bien!

JUANINA. ¡Me puso colorada delante de todo el mundo!

AMADEO. ¡No es verdad!

JUANINA. ¿Qué?

AMADEO. ¡No es verdad! ¡Se había ido ya la gente de fuera cuando te hablé de ello!

JUANINA. ¡Pero si además jugábamos en familia!

AMADEO. La vecina del principal ¿es de la familia?

JUANINA. ¡Según tú la recibes!... ¡La celebras mucho más que a mí! Llega la vecina del principal, y ya no existe tu mujer. ¡Qué piropos! ¡Qué galanterías! ¡Qué ojos en blanco! Se vuelve idiota. Como baje la vecina, no me mira ya ni por educación. ¿Cuándo se mudará de casa?

AMADEO. ¿No está mala de la cabeza esta mujer? ¿No parece loca?

JUANINA. ¡Los niños y los locos son los que cantan las verdades! Y aunque no pensaba decirlo, por prudencia, lo voy a decir. Por prudencia, sí; no me eches esos ojos; no es lo que tú crees.

AMADEO. ¡Yo no creo nada!

JUANINA. Es del capítulo de gastos.

AMADEO. ¡Juanina! Pero ¿serás capaz?...

JUANINA. ¿No he de serlo? ¿No se me pide que lo declare todo? ¡Pues todo! Nuestra posición es envidiable.

AMADEO. A Dios gracias.

JUANINA. Tenemos todo el dinero que podemos necesitar y más aún.

AMADEO. A Dios gracias.

JUANINA. Mucha gente nos envidia esta posición. ¡Empezando por la vecina de arriba, que tanto te trastorna! Bueno; pues hay ocasiones en que necesito hincarme de rodillas para que me compre un sombrero.

AMADEO. ¿Qué dices?

JUANINA. ¿Te pica, verdad? Tengo un traje que ha ido ya cuatro veces al tinte...

Amadeo la va a interrumpir y no puede. Acaba de perder la palabra, de puro indignado.

AMADEO. ¡Hep!...

JUANINA. ¡Una vergüenza! La compra del menor pingajo ha de consultársele al administrador. ¿Habrá ridiculez?

AMADEO. ¡Hep!...

JUANINA. Cada vez que le hablo de comprarme medias, hay que llamar al médico para que lo sangre. ¡Al suyo, porque el mío es un calabacín!

AMADEO. ¡Hep!...

JUANINA. Suspiro por un abrigo de piel de armiño, y todavía lo está rumiando. No tengo una manilla negra; no tengo zapatos que ponerme...

AMADEO. *Recobrando de improviso la palabra y con voz de trueno.* ¡Basta!

JUANINA. ¿Eh?

AMADEO. ¡Basta ya!

CRUZ. No te dispares, Amadeo.

DOÑA CLARA. Calma, Amadeo.

AMADEO. ¿Creen ustedes que he tenido poca? ¡Si no he podido ni hablar en tres minutos! ¿Es que hay quien oiga sin estallar esa sarta de inexactitudes y de inconveniencias? ¡Todos ustedes acaban de oír, para fin y corona de ellas, que no tiene zapatos!

JUANINA. ¡Y no tengo zapatos!

AMADEO. ¡No tiene zapatos! ¿Lo oyen ustedes bien?

TRISTÁN. Sí, hombre, sí.

AMADEO. ¡No tiene zapatos! ¡Yo siento ahora cinismo en mi conciencia que me voy a poner en ridículo ante ustedes! ¡No me importa! ¡Que voy a dar en personaje de caricatura! ¡No me importa! ¡Aunque salga en el *Buen Humor* o en *Gutiérrez!* ¡No tiene zapatos! ¡Joselito!... ¡Joselito!... *Vase corriendo por la derecha del gabinete, hecho un basilisco.*

CRUZ. ¿Qué vas a hacer, hermano?

JUANINA. Cualquier cosa; cualquier patochada. ¡Lo ciega el amor propio!

DOÑA CLARA. Y tú tienes poquísima habilidad para llevarlo.

CARMELO ¡Poquísima!

Don Fermín. Sí, sí; muy poca.

Cruz. Poca es alguna. Lo excita, lo exacerba

Juanina. ¿Yo a él, eh? ¡Así se juzgan las cuest nes! ¡Pues por eso estoy decidida...!

Reaparece en esto Amadeo, con la pueril satisfa ción de un hombre que ve su triunfo. Trae en las m nos unos cuantos pares de zapatos de Juanina, q coloca en fila en el foro. Joselito, su fiel criad lo auxilia, entrando y saliendo con otros pares m que le va entregando a su amo para exhibir la col ción completa, la cual asciende a más de veinticin pares. A cada entrega de Joselito, Amadeo se lim a repetir irónicamente la consabida frase: «¡No tie zapatos!»

Amadeo. ¡No tiene zapatos!

Cruz. Pero ¿qué vas a hacer?

Carmelo. ¡Pero, hombre!

Juanina. ¿Qué bufonada es ésta?

Tristán. ¡Qué majadería!

Doña Clara. Cosas de criatura, que es lo que e

Cruz. ¿Lo ve usted, doña Clara?

Don Fermín. Sí, sí; es una criatura.

Amadeo. ¡No tiene zapatos!

Tristán. ¡Esto es sencillamente grotesco!

Cruz. ¡Él es el primero que lo ha advertido!

Juanina. ¡El hombre grave! ¡El hombre grave!

Doña Clara. Acabará por hacernos reír.

Amadeo. ¡No tiene zapatos!

Cruz. ¿Quieres dejarlo ya, Amadeo?

Juanina. ¡No, si es muy gracioso, mujer! ¡Ha que celebrarle al niño la gracia! Pero ¿con qué pe miso?...

Doña Clara. ¡Vamos, que es mucho humor d hombre!

Carmelo. ¡Negar que ha estado oportuno es ne gar la evidencia!

AMADEO. ¡No tiene zapatos!

CRUZ. ¡Ya estamos convencidos!

TRISTÁN. ¡Déjalo ya, pelmazo!

DOÑA CLARA. ¡Amadeo, por Dios, Amadeo!...

DON FERMÍN. ¡Sobrino!...

Joselito, que ha contribuído a la tarea aguantando a risa, exclama, dándole a Amadeo los últimos pares.

JOSELITO. ¡Ya no hay más, Amadeo!

AMADEO. ¿Ya no hay más?

JOSELITO. ¡Ya no hay más que botas! *Se retira iendo.*

Risas generales.

AMADEO. ¡De veinticinco a treinta pares he con-ado yo! ¡Como ustedes verán, mi mujer no tiene apatos!

JUANINA. ¡Tu mujer lo que no tolera es esta paya-ada ridícula; este bochorno! ¿Te enteras? ¿Se entera sted? ¡Me has hecho la chacota de tu propio criado!

AMADEO. ¡Está descalza! ¡No puede salir a la ca-e! ¡Está descalza!

JUANINA. ¡Y lo estoy, porque todos esos zapatos ne lastiman!

AMADEO. ¡Por culpa mía, naturalmente!

JUANINA. Y lo que te juro ahora mismo, ante odos, y con todas las fuerzas de mi corazón, es que unque no tuviera ningún motivo para separarme de —¡que los tengo a docenas!—, me bastaría esta umillación para huir de tu lado por todos los días e mi vida. ¡Ya lo oyen ustedes! ¡Quiera o no quie-a la familia, me separo de este mamarracho de hom-re! ¡Y si se opone a ello la sociedad, que se oponga! Y si la Epístola de San Pablo manda otra cosa, lo iento por San Pablo! ¡A San Pablo hubiera yo que-ido ver aquí!

TRISTÁN. Mejor a San Crispín, que es el patrón e los zapateros.

CRUZ. ¡No es ocasión de chistes!

AMADEO. ¡En absoluto!

DOÑA CLARA. Serénate, Juanina.

JUANINA. ¡No necesito serenarme!

CRUZ. Reflexiona, mujer.

JUANINA. ¡Ya lo he reflexionado todo! ¡No esper nadie que mude de opinión! ¡Ni un día más vivo co mi marido!

AMADEO. ¿Resueltamente?

JUANINA. ¡Ay, qué pregunta ahora! ¡Resuelta mente! ¡Esto se acabó! ¡Resueltamente! ¡Se acabó, s acabó!

AMADEO. ¿Es decir, que tu firme voluntad es esa

JUANINA. ¿Otra vez?

AMADEO. ¿Tu irrevocable decisión?

JUANINA. ¡Dale, bola! ¿Quieres que llamemos a u notario?

AMADEO. No es preciso. Con los testigos basta A mi conducta, por lo menos. *A Tristán.* Hombre ¿quieres tú dejar el lapicito? ¿Te imaginas que es cas de apuntes?

TRISTÁN. Dispensa.

AMADEO. Voy a decir ahora, de una vez par siempre...

JUANINA. ¡Milagro!

AMADEO. Las palabras que antes iba a decir *Atienden todos, interesados y conmovidos.* No he de juzgar—ya ustedes lo habrán hecho—los razona mientos y cargos contra mí de Juanina. Yo estaba dispuesto, noblemente dispuesto, a ir una vez más a unas paces llenas de cariño y de tolerancia; porque me duele, me abruma esta separación. ¡Me abruma La ruptura de un matrimonio, si no se funda en motivos de honra, debe evitarse a todo trance. Ya lo dijo muy bien doña Clara: son dos vidas deshechas las que continúan; dos vidas rotas, el porvenir de las

ıales es harto deplorable y dudoso. Y lo más tris-
—también lo indicó doña Clara—es que ya no na-
erán criaturas con derecho a la vida, que habrían
acido acaso. *Juanina lo mira como no lo ha mirado
ısta ahora.* Pues bien; mi afirmación es ésta: yo no
ego a las comiditas. Separarnos hoy para unirnos
añana, no. Esas mojigangas no van conmigo. Si nos
eparamos ha de ser para toda la vida.

JUANINA. *Muy próxima a las lágrimas.* ¡Ah! ¡Para
da la vida! ¡Ya lo he dicho yo antes que usted!

AMADEO. Pero en tono distinto. ¡Para toda la
da! Y no tengo más que añadir. *Emocionado.* ¡Para
da la vida!... En su casa quedan ustedes.

Vase gravemente por la puerta de la salita.

*Se miran todos entre sí consternados y miran a
uanina. Ésta, que se halla a punto de un ataque ner-
oso, se libra de él al fin, desahogándose en lágrimas.*

JUANINA. ¡Cuando se pone así, es más frío que el
elo! ¡Qué hombre! ¡Qué monstruo! Y ¡qué caras las
e todos ustedes! ¿Es que tiene razón, quizá? ¡Pues
e separo, y me separo, y me separo! ¡Y no han de
asar quince días sin tener yo el gusto de verlo pa-
earme la calle! *Abrazándose a doña Clara y rom-
iendo a llorar.* Pero usted, que representa aquí a mi
adre, ¿por qué no me defiende?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

tealcoba de nuestro infortunado Amadeo. Sendas puer-
as a derecha e izquierda y balcón al foro. Riqueza, or-
len, pulcritud. Infinidad de retratos de Juanina. Una
nesa, un bargueño, etc., etc. Es en una madrugada de
ebrero.

Soledad y silencio. Oscuridad: aún no entra por el
lcón abierto—ya conocemos la costumbre de Tam-
r—ni aun el leve resplandor del alba. A poco, uno
los relojes de la casa da una campanada sonora y
rante. Luego, otro reloj, por no ser menos, da la
va, seguida de una musiquita graciosa. Por último,
timbre de un despertador en la alcoba vecina es ca-
e de sacudir el sueño a una estatua. Pero dura
co: una mano lo corta de improviso haciéndolo ca-
r. Silencio de nuevo. Por la puerta de la derecha
le Joselito, a medio vestir, frotándose las manos.
ciende la luz y va luego a asomarse al balcón.

JOSELITO. ¡Puñales! ¡qué fresquito corre a la ma-
ugá!... Y ni apunta el arba toavía... ¡Esto ya está
en ventilao! *Cierra el balcón.* Me paese que va a
menesté calentarse por dentro. *Toca en la puerta*
la alcoba con los nudillos.

Amadeo, dentro, responde.

AMADEO. ¡Ya!

JOSELITO. ¿Amadeo?

AMADEO. ¡Ya!

JOSELITO. ¡Ay, Dios mío de mi arma! ¿Adónd irá este desventurao al amanesé? ¡Cuarquiera lo ave rigua! Desde que se separó de Cascabé no está e sus cabales. *Abrese la puerta de la izquierda y apa rece Amadeo, vestido, de gabán y gorra.* ¡Pero, hom bre! Buenos días nos dé Dios.

AMADEO. Buenos días, Joselito.

JOSELITO. Pronto te has arreglao.

AMADEO. Como que no he pegado un ojo.

JOSELITO. ¿No?

AMADEO. En toda la noche. Me pasa siempre tú lo sabes: como tenga que madrugar, con la pre ocupación, no duermo.

JOSELITO. Pero ¡si dejamos un despertadó a t cabesera, y otro a la mía, y otro a la de Lorensa por si arguno fayaba!

AMADEO. Ya, ya. Pues no he dormido, a pesa de eso.

JOSELITO. *Con intención.* ¿Tan interesante es e viaje?

AMADEO. No... Es condición mía. ¡Claro que un excursión a Toledo con varios amigos artistas, siem pre es interesante!

JOSELITO. ¿A Toledo vas?

AMADEO. A Toledo.

JOSELITO. ¿Con unos artistas?

AMADEO. Sí.

JOSELITO. ¿Es arguno de eyos Tristán?

AMADEO. *Como sobresaltado.* ¿Tristán?... No.

Pausa.

JOSELITO. Y ¿pa í a Toledo es menesté madruga tanto?

AMADEO. Tengo que recoger a esos amigos... Además, no me gustan las prisas...

JOSELITO. Hombre, una cosa son las prisas...

AMADEO. ¿Te quieres callar ya, Joselito?

JOSELITO. Ya me cayo. Er coche no ha venío toavía.

AMADEO. Al cuarto vendrá. Pero le diré a Antonio que se vaya a dormir. Conduciré yo, y así habrá un sitio más para otro curioso.

JOSELITO. Que nunca fartan.

AMADEO. ¿Y Lorenza?

JOSELITO. De pie está ya también, aguardando lo que tú dispongas.

AMADEO. Pues dile que me haga una taza de café bien cargado.

JOSELITO. ¿No tomas leche?

AMADEO. No.

JOSELITO. Juanina diría...

AMADEO. ¡Schsss! No me importa nada lo que diría Juanina.

JOSELITO. Perdona.

AMADEO. Más de una vez te he prohibido ya que me hables de ella.

JOSELITO. Y yo no acabo de obedeserte.

AMADEO. ¡Hasta que acabe yo de cansarme!

JOSELITO. Perdona. Con la madrugá se despierta uno disparatao. ¿Quiés una copita de aguardiente?

AMADEO. No.

JOSELITO. Me la tomaré yo entonse por ti. Entre dos que bien se quieren... *Vase por la puerta de la derecha.*

Amadeo pasea lentamente, ensimismado y triste.

AMADEO. ¿Cómo había de domir, señor? ¿Cómo había de dormir? *Mira los retratos de Juanina, con dolorosa angustia. Luego, tomando uno de ellos en la mano, le interroga:* Juanina, pero ¿es esto posible? ¿Es posible, Juanina? Cascabel, ¿tú me engañas? *De repente, con indignación y rubor.* ¡No, no! ¡No me engañas tú! ¡Miente el anónimo villano! *Deja el retrato donde estaba.*

Vuelve Joselito.

JOSELITO. ¿Yamabas, Amadeo?

AMADEO. No.

JOSELITO. ¿No? Como diste un grito...

AMADEO. Influencias de Toledo ya... Decía versos de una leyenda de Zorrilla: *A buen juez, mejor testigo.* Se me ha metido en la cabeza esta noche...

— Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:—«Sí juro.»
Y ambos del templo se salen.

JOSELITO. Ahora te trae Lorensa er café. ¿Quiénes te acompañan? ¿Los conozco yo?

AMADEO. No; no los conoces...

JOSELITO. ¡Qué raro!

AMADEO. *Esquivando la conversación.*

Lloraba la bella Inés,
su vuelta esperando en vano;
oraba un mes y otro mes
del Crucifijo a los pies
do puso el galán la mano.

Llégate a ver si ha venido ya el coche.

JOSELITO. Ahora mismo. Me paese que sí. *Vuelve a irse.*

AMADEO. *Después de una pausa.* ¡Esto es una completa indignidad! ¡Yo no debía creerlo! ¡Y no lo creo, no; no lo creo!... Pero ¿por qué voy entonces a ver si es verdad? ¡Qué miserable condición humana! *Viendo venir a Joselito.*

— Mujer, ¿qué quieres?
— ¡Quiero justicia, señor!
— ¿De qué?

— De una prenda hurtada.
— ¿Qué prenda?
— Mi corazón.

JOSELITO. *Que ha salido de nuevo.* ¡Sí que se te han agarrao a los sesos los versitos de la conseja!

AMADEO. *Con forzada sonrisa.* ¡Je! No me han dejado dormir, ¿no te digo?

JOSELITO. Ahí tienes ya er coche.

AMADEO. ¡Bravo!

JOSELITO. Y er café.

AMADEO. ¡Bravísimo!

Sale Lorenza, vieja cocinera, con un servicio de café.

LORENZA. Buenos días, señor.

AMADEO. Buenos días, Lorenza.

LORENZA. ¿El señor no quiere nada con el café?

AMADEO. Nada.

LORENZA. Es poco desayuno.

AMADEO. *Tomándolo.* Si no es desayuno... aunque me desayune con él. El verdadero desayuno vendrá luego. ¡Ajá! Está calentito y cargado. ¡Como se pedía! ¡Buen madrugón os he hecho pasar! Así que yo me vaya volveréis a acostaros, ¿eh?

JOSELITO. ¡Figúrate! ¡Pa no caernos de sueño! ¡Son las horas en que entra más fuerte!...

LORENZA. ¿El señor no vendrá a almorzar?

AMADEO. A almorzar, no; a cenar, tal vez venga; pero no es seguro.

JOSELITO. *Maliciosamente.* ¡Toledo tiene mucho que vé!...

AMADEO. *Desentendiéndose de la malicia.*

Asida a un brazo desnudo,
una mano atarazada,
vino a posar en los autos
la seca y hendida palma...

¡Eh?

JOSELITO. No habemos rechistao.

AMADEO.

Y allá en los aires, «¡Sí juro!»
clamó una voz más que humana...

JOSELITO. ¡Café con versos!

AMADEO. Vaya, quedaos con Dios.

LORENZA. Que pase bien el día el señor y que se divierta.

AMADEO. Y que vosotros os acostéis.

JOSELITO. Pierde cuidao, hombre; antes de dos minutos roncamos.

AMADEO. *Yendose seguido de Joselito.*

Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa:
los labios tenía abiertos
y una mano desclavada.

Se pierde la voz allá dentro.

LORENZA. *Bostezando.* ¡Aaaah!... ¡Madre, qué sueño! En esto no sigo yo la regla general; mientras más años tengo, más trabajo me cuesta dejar la cama. *Bosteza nuevamente.* ¡Aaaah!...

Llega Joselito.

JOSELITO. ¿Qué dise usté?

LORENZA. Que me caigo de sueño, Joselito.

JOSELITO. Pos ahora mismo nos vamos ar catre.

LORENZA. Ahora mismo.

JOSELITO. ¡Y lo he dicho yo como si fuéramos matrimonio!

LORENZA. Es verdad.

JOSELITO. Pero se sobrentiende que no lo somos.

LORENZA. Gracias a Dios.

JOSELITO. ¿Por qué grasias a Dios? ¿Tan mala pa-

reja hubiéramos hecho? Ponga usté que hubiera usté nasío por ayá abajo en lugá de nasé en San Esteban de Pravia: nos tropesamos un buen día, y ¡cataplún!

LORENZA. ¡Cataplún!

JOSELITO. ¡Cuestión de clima, no le dé usté vuertas!

LORENZA. ¡Siempre tiene usted buen humor!

JOSELITO. ¡Cuestión de clima! Pero ahora se engaña usté, Lorensa. Aunque lo disimule, estoy achicharrao por dentro. Esta salía del amo...

LORENZA. ¿Qué?

JOSELITO. Es mu rara. Preocupao me tiene a mí desde anoche.

LORENZA. Pero ¿no va a Toledo?

JOSELITO. ¿A Toledo? Esa es la tapadera. A Toledo no va.

LORENZA. ¿No?

JOSELITO. No, señora. Pero como a mí me gusta enterarme de to sin preguntarle a nadie, ya averiguaré yo adónde va. ¡Y a lo que va! ¡Y por qué va!

LORENZA. Es otro desde que se fué la señora.

JOSELITO. ¡La señora!... Menos seso tiene que un ratón. Y to, pa na; pa hasé sufrí a este pobre. Porque er finá será er que tiene que sé.

LORENZA. ¿Cuál, Joselito?

JOSELITO. ¿Cuál ha de sé, si los dos se quieren y no puén viví el uno sin el otro? ¡Aunque se peleen ca dos minutos! Más va durando la separasión de lo que yo esperaba: se han corrío ya tres meses.

LORENZA. La señora ha vuelto a Madrid.

JOSELITO. Sí; se conose que ya se han cansao de eya en toas partes. ¡O que eya no se haya bien en ninguna! Primero con la madre, luego con la abuela, ahora con la tía... ¡Hasta que vuerva aquí! La cabesa me dejo yo cortá si no está eya rabiando por vorvé, en vista de que ér no la busca.

LORENZA. ¡Claro!

JOSELITO. Ahora, que rompé esta muraya de acá no le va a sé tan fási. Él está mu dolío.

LORENZA. Eso sí; pero ¡la quiere tanto!... Para mí tengo que como la vea, se derrite.

JOSELITO. ¡Se derrite! ¡Ya se nota que es usté cosinera y que abusa de la mantequiya! Vamos a dormí. ¡Que de aquí a nuestros cuartos hay un paseíto!

LORENZA. Vamos a dormir. *Coge el servicio de café y se va por la puerta de la derecha.*

Joselito apaga la luz y se va tras ella diciendo:

JOSELITO.

A la madrugá
se despertaba mi serraniya
con ganitas de bromeá.

Pausa. El reloj de la campana sonora y vibrante, da las cinco. En seguida, el compañero las da también, y hace sonar otra pieza de música de su repertorio. Luego, por la puerta de la derecha, surgen sigilosa y recatadamente Juanita y Plácida. Hablan en voz baja.

JUANINA. ¡Schsss!...

PLÁCIDA. ¡Schsss!...

JUANINA. ¡Por Dios, no hagas ruido!

PLÁCIDA. Me parece que no nos ha sentido nadie.

JUANINA. Nadie. ¡Quién había de sentirnos, con lo lejos que duermen! Pero yo tengo mucho miedo.

PLÁCIDA. Y yo también.

JUANINA. Mujer, no me lo digas: dame ánimos. ¡Ay, mi corazón, cómo suena! Ven; ponme la mano en el pecho y verás.

PLÁCIDA. Encenderé primero para no dar un tropezón.

JUANINA. ¡No enciendas todavía, muchacha!

PLÁCIDA. Pero ¿y si tropezamos, señorita? ¿No será peor?

JUANINA. Es verdad. Enciende. ¡Huy mis piernas! No me pueden tener. Yo creía que era más valiente. Como ahora suene el reloj de cuco, me desmayo. ¡Enciende, mujer!

PLÁCIDA. ¡Si no doy con la llave!

JUANINA. ¡Pegada al quicio de la puerta, tonta!

PLÁCIDA. Ya; sí. *Enciende la luz.*

JUANINA. ¡Ah! *Paseando los ojos por la habitación.* ¡No hay nadie!

PLÁCIDA. Pues ¡mire usted que si llega a haber alguien!

JUANINA. ¡No me asustes! ¡Todo igual, Plácida... todo igual!

PLÁCIDA. Todo igual, señorita.

JUANINA. Todos mis retratos...

PLÁCIDA. Todos...

JUANINA. Se empeñó en ponerle marco a éste. ¡Mira que estoy mal! Y este chiquito no lo tenía aquí: lo tenía en la mesa de noche.

PLÁCIDA. ¡No lo mueva usted!

JUANINA. *Asustadísima.* ¿Qué pasa?

PLÁCIDA. ¡Que va a notar el señorito que alguien ha entrado aquí!

JUANINA. Dices bien. Lo dejo, justo, en el mismo sitio. *Lo deja a alguna distancia de donde estaba.* ¡Bueno es él! ¿Te atreves a asomarte a la alcoba?

PLÁCIDA. ¿Quiere usted que me asome?

JUANINA. Sí.

PLÁCIDA. ¿Para qué?

JUANINA. Para ver si está Joselito ahí en la cama turca, o si está en su cuarto.

PLÁCIDA. ¡Estará en su cuarto, señorita! ¿Cómo había de atreverse?...

JUANINA. Eso es que te da miedo. Yo entraré.

¡Ay, mi alcoba!... ¡Nuestra alcoba!... Plácida, mira el corazón. ¿Lo sientes?

PLÁCIDA. ¡Ya lo creo!

JUANINA. ¡Pun! ¡pun! ¡pun!

PLÁCIDA. Más bien parece que hace: ¡pón! ¡porrón! ¡porrón! como usted le dice al señorito.

JUANINA. *Enterneciéndose de súbito.* ¡Plácida, no me hagas llorar!...

PLÁCIDA. ¿Yo, señorita?

JUANINA. ¡Ay, qué aventura ésta! *Acércase a la puerta de la alcoba y pregunta muy tímidamente:* ¿Se puede?

PLÁCIDA. ¡Señorita!

JUANINA. No sé lo que digo, ni lo que hago. ¡Qué curiosidad tengo! *Entra al fin en la alcoba.*

PLÁCIDA. ¡Sí que es mucha aventura!... Menos mal que allá dentro duermen todos. El sueño de la madrugada es el más profundo. No se oye una mosca.

Sale Juanina.

JUANINA. ¡Todo igual, Plácida, todo igual!

PLÁCIDA. ¡Naturalmente, señorita!

JUANINA. Su cama deshecha... y la mía, impecable.

PLÁCIDA. ¡Naturalmente!

JUANINA. ¡Y todo, todo igual, todo igual! ¡Cada cosa en su sitio! *Afligiéndose.* ¡No le hago falta para nada!

PLÁCIDA. ¡Eso es mucho decir, señorita!

JUANINA. *Rompiendo a llorar.* ¡Para nada! ¡Soy la mujer más desgraciada de la tierra!

PLÁCIDA. ¡Calle usted, señorita, por la Virgen!

JUANINA. ¡Déjame que me desahogue!

PLÁCIDA. ¡Es que podrían sentirla!

JUANINA. ¡No me sienten! ¡Y aunque me sientan, yo necesito desahogarme! ¡Yo necesito llorar mucho, mucho!... ¡Más de lo que he llorado en estos tres meses! ¡Mucho más! ¡Lo que este hombre ha hecho conmigo esta mañana, no merece perdón!

PLÁCIDA. ¡Señorita!

JUANINA. ¡No merece perdón!

PLÁCIDA. Pues ¿qué ha hecho sino obedecerla a sted una vez más? ¿No se ha ido?

JUANINA. ¡Pues ahí está lo grave: en que se ha do! ¿Tú no te das cuenta? ¡Cuando se ha ido es que a creído el anónimo!

PLÁCIDA. Pero ¿usted no se lo puso para que lo reyera?

JUANINA. ¡Para ver si lo creía, que no es lo mis- no! ¡Es una infamia! ¡Me juzga una mujer despreciable; capaz de ofenderlo! ¡No se lo perdono! ¡Esto sí ue no se lo perdono!

PLÁCIDA. Piense usted que si no se lo hubiera reído, no estaríamos aquí nosotras.

JUANINA. Y ¿qué más da? ¿Qué importancia tenría? ¡Lo terrible es lo otro! En el *taxi* contigo estaa yo acechando, y para mis adentros pensaba: ¡Virgen mía, que no venga su coche; que yo no lo ea salir de casa; que no se crea que yo lo engaño!»

PLÁCIDA. Señorita, está usted trastornada... El ueño que tiene, y el susto, la hacen desvariar.

JUANINA. No, no desvarío, Plácida. ¡Es que esto lama al cielo!

PLÁCIDA. ¡Silencio, señorita!

JUANINA. ¡Clama al cielo! ¡Creerse que me veo a s cinco de la mañana con otro hombre en un hoel pintado de azul de la Carretera de Toledo! ¡Porue esto es lo que decía el anónimo!

PLÁCIDA. ¡Dígamelo usted a mí, que lo puse!

JUANINA. Es verdad, que lo pusiste tú... ¿Para qué pusiste? ¿Para qué no me lo quitaste de la cabeza? Me hubieras evitado este desengaño!

PLÁCIDA. Señorita, yo... Yo siempre obedezco a señorita.

JUANINA. ¡Una doncella inteligente no la debe

obedecer a una a cierra ojos! Debe prevenirla, aconsejarle...

PLÁCIDA. ¿Aconsejarle?

JUANINA. Sí.

PLÁCIDA. Pues ahora le aconsejo a usted...

JUANINA. ¡No me aconsejes nada ahora! Antes antes hubiera hecho falta. Hecho ya el daño... Después de todo, bien está así. ¡Esto me abre los ojos para siempre! ¡Así he conocido, por mucho que me duela, toda la liviandad de este hombre! ¡Es como todos! ¡como todos!

PLÁCIDA. ¡Schsss!

JUANINA. ¡Como todos! ¡Creer que yo lo engaño ¡Y tan pronto! ¡A los tres meses de separación! ¡Es imperdonable! ¡es inicuo! ¡Y esto es que me juzga por él! ¡Seguramente! ¡Él me habrá engañado a la semana! ¡Traidor! ¡hipócrita! ¡embustero! ¡mal esposo! ¿Este era tu cariño? ¿Y la Epístola de San Pablo? ¿Esta era tu decantada moralidad? ¡Farsante! ¡farsante! ¡farsante! *Serenándose como por ensalmo.* Oye Plácida: y ¿con quién habrá imaginado que se la pego yo?

PLÁCIDA. Seguramente con el señorito Tristán.

JUANINA. ¿Con mi primo?

PLÁCIDA. Se me ocurre a mí.

JUANINA. Plácida, tú eres una fresca.

PLÁCIDA. Pregúnteselo usted cuando haga las paces.

JUANINA. ¿Las paces? ¿Quién piensa ya en ellas? ¡Una ofensa así acaba con todo! ¡Ahora mismo le voy a registrar todos los secretos, todos los trajes, todos los muebles!...

PLÁCIDA. Señorita, vámonos ya... ¿A qué seguir aquí más tiempo? ¿No ha visto usted lo que quería?

JUANINA. ¡Lo que no quería, es lo que he visto! ¡Lo que no quería! ¡Y he de apurar el cáliz!

PLÁCIDA. ¡Ay, Dios santo!

JUANINA. ¡Como encuentre siquiera un indicio de ıe me engaña, el Papa anula el matrimonio! ¡Ahoverás! ¿Qué se creía usted, señor moralista barato? ıquí traería yo a mi madre, y a mi tía, y a mi uela!... ¡Yo soy la culpable de todo, yo soy la sin so, yo soy el canario, yo soy el gorrión, yo soy cascabel!... ¡Aquí las traería yo, para que juzsen!...

PLÁCIDA. *Sobresaltada de repente.* ¿Eh?

JUANINA. ¿Qué?

PLÁCIDA. *Prestando oído hacia la derecha.* Se me ıuró que llegaba alguien...

JUANINA. ¿Quién ha de llegar ahora, simple? El iedo te trastorna. ¿No me ves a mí ya tan serena? hora verás tú! *Busca en el cajón de la mesa la llacita del bargueño. ¡Voilà!*

PLÁCIDA. ¿Qué, señorita?

JUANINA. ¡La llavecita de este mueble, que es su ca encantada! ¡Aquí no toca nunca nadie más que ¡Si me viera!...

PLÁCIDA. ¡Por Dios, señorita!...

JUANINA. ¡No seas pánfila!

PLÁCIDA. Señorita, se me hace muy fuerte... Yo, ınca... ¡Vamos, que se me hace muy fuerte!

JUANINA. ¡Pues salte al pasillo, si tanto te impreona! *Abre el bargueño.*

PLÁCIDA. No; eso, no; pero... la verdad...

JUANINA. *Dando un chillido de alegría.* ¡Ay!

PLÁCIDA. ¿Qué?

JUANINA. Mira lo primero que topo: la cajita de istal en donde guarda mis cabellos.

PLÁCIDA. ¿Ve usted, señorita? Esto es un aviso de ios.

JUANINA. ¿Tú crees?

PLÁCIDA. ¡Vamos!

JUANINA. ¡Lástima de pelitos!... ¡Qué disgusto di aque día!... ¡Ay!...

PLÁCIDA. Y luego le echó usted la culpa a él.

JUANINA. ¡Claro!

PLÁCIDA. El señorito es más bueno que el p ¡Bueno donde los haya!

JUANINA. Cartas mías... Cartas de mamá Cartas de su hermano... Cartas de su padre... ¡M qué bien arregladito lo tiene todo! ¿Y este sol rosa?... ¡Ah, sí!... 15 de mayo... Una flor. Ya s ¡Ay!...

PLÁCIDA. ¿Ve usted, señorita?

JUANINA. ¿Qué es esto?

PLÁCIDA. ¿Qué?

JUANINA. ¡Esto! ¡Esto tan chico! ¡Es un estuc ¡Yo no lo conozco! ¡Mira qué envueltito lo tie ¡Aquí está el gato! ¡aquí está el gato!

PLÁCIDA. ¡No grite usted, por Dios!

JUANINA. ¡Esto no es para mí: esto es para otra ¡Aquí está el gato! *Desenvuelve el paquetito y des bre en efecto un estuche.* ¡Seguro! ¡Para otra! ¿Q será? ¿Qué será? ¡Me espanta el abrirlo!

PLÁCIDA. Por el tamaño del estuche parece u sortija.

JUANINA. ¿Una sortija? Como sea una sortija, tenga grabada una inicial y no sea una jota... ¡A ¡Valor! *Abre el estuche y su rostro se ilumina en acto con una sonrisa de aurora.* ¡Plácida!

PLÁCIDA. ¿Qué es, señorita?

JUANINA. Míralo.

PLÁCIDA. ¿Un cascabel?

JUANINA. Un cascabelito de plata. ¡Otro retra mío!

PLÁCIDA. ¿Y ahora, señorita?

JUANINA. ¿Cuándo se lo habrán hecho?

PLÁCIDA. Seguramente...

UANINA. Sí... Después de la separación... Sería s bonito de oro.

LÁCIDA. Al señorito le gusta más la plata. Siem- lo dice.

UANINA. ¿Me lo llevo?

LÁCIDA. ¡Señorita!... ¡Se descubriría todo!

UANINA. ¡Es verdad! ¡Qué talento tienes! Pero da mucha pena dejarlo aquí! ¡Es tan mono! ¡Qué ecida estoy! ¡Mira qué bien suena! ¡Estoy ha- ndo! ¡Encanto mío! *Le da un beso.*

LÁCIDA. Usted le debía de regalar a él un tam- cito... y se acabó la presente historia. Déjelo us- conforme estaba.

UANINA. Ahora lo dejaré. No busco más... no nada más... ¡Qué impresión me ha hecho el cas- elito!... ¡Y creía yo que aquí estaba el gato!... *riendo entre lágrimas.* ¡Y era el cascabel nada s! ¡Ay, Virgen mía! ¡Qué conmovida estoy! ¡Qué gada estoy, de pronto! Me mantenían los ner- s... Dios me va a castigar... Tienen razón mi ma- ... y mi abuela... y mi tía... Dios me va a castigar. *ase caer, rendida, en una butaca.* ¡Ay!... ¡Qué bien siento aquí!

LÁCIDA. Descanse usted un poquito, y nos nos.

UANINA. ¿Qué prisa tienes por marcharte, mujer?

LÁCIDA. ¡Hemos de entrar en casa antes que a el portero! ¡Y ya que ha salido todo tan n!...

UANINA. Aún no es la media de las cinco.

LÁCIDA. Sí, señorita; que ya apunta el día.

UANINA. Déjame, Plácida; déjame reposar un tante... ¡No seas chinche! ¡Estoy tan a gusto!...

LÁCIDA. Pero no cierre usted los ojos.

UANINA. ¿Por qué?

LÁCIDA. ¡Porque se puede usted dormir!

JUANINA. ¡Ojalá me durmiera! Así soñaría. . ¿Qu soñaría? ¿Qué soñaría si me durmiera? ¡Ay, Plácid ¡Estoy en mi casita! Esta es mi casa... Todavía es r casa... Ahí junto está mi alcoba... ¡Cuántas emoci nes!... ¡Cuántas alegrías!... ¡Qué memorias!... M acuerdo ahora de otra madrugada como ésta... Dig como ésta, no... Había eclipse de luna, y nos qued mos en vela para verlo... Y no vimos nada, com pasa siempre que hay eclipse... Y nos acostamos y de día... ¡Qué sueño teníamos! Así, como ahora...

PLÁCIDA. Señorita... pero, señorita...

JUANINA. Calla, Plácida, calla... Déjame dormir Estoy en mi casa .. Soy dichosa... *Se queda dormid*

PLÁCIDA. ¡El señor nos asista! Aunque, despu de todo... Voy yo mientras a poner las cosas com estaban. *Con el mayor sigilo guarda el estuche, cier el bargueño y mete en el cajón de la mesa la ll vecita. Los dos relojes dan la media. El de la mús ca, según su costumbre.* ¡La media ya!... Miraré tam bién en la alcoba, no haya revuelto algo... *Entra de puntillas.*

Un instante después, por la puerta de la derech llega silencioso Amadeo, aún más triste de lo que se fu

AMADEO. ¡Oiga! Joselito ha dejado encendida luz. *De pronto ve a Juanina dormida, y estremeci de pies a cabeza, ahoga un grito.* ¡Ah! ¡Juanina! ¡Jua nina aquí! Pero ¿estoy yo soñando? *Acercándose emocionadísimo.* ¡Juanina de mi alma! ¡Yo no sé que veo! ¿Qué burla es ésta? ¿Quién?... *Sale Plácid que también se lleva un susto regular.* ¡Plácida!

PLÁCIDA. ¡Señorito!

Instintivamente bajan la voz.

AMADEO. ¿Qué haces aquí? ¿Qué hacéis aquí?

PLÁCIDA. Señorito... ¡Señorita!

AMADEO. ¡No la despiertes! Dime qué hacéis quí. Ven acá.

PLÁCIDA. Señorito, yo no tengo culpa...

AMADEO. Ya lo sé. No tiembles; nada temas. Ven cá; ven acá. No tiembles. El anónimo que yo he reibido es de ella.

PLÁCIDA. Señorito, yo no sé nada...

AMADEO. Tú lo sabes todo.

PLÁCIDA. Llámela usted, y que la señorita le uente...

AMADEO. Prefiero que me lo cuentes tú... ¿Qué ocura es ésta? ¿Qué disparate? ¡En la calle solas a esas horas!... ¿Cómo habéis entrado?

PLÁCIDA. Con mucho tiento, para no ser sentidas...

AMADEO. ¿Luego no os ha abierto Joselito?...

PLÁCIDA. Ni él ni ninguno sabe que estamos quí. Hemos entrado con las llaves de la señorita.

AMADEO. Sí, ¿eh? Y ¿a qué veníais?

PLÁCIDA. ¡Las cosas de la señorita!... Sus arranques...

AMADEO. Sus arranques, sí...

PLÁCIDA. Pero, despiértela usted a ella.

AMADEO. No; sigue tú. Veníais...

PLÁCIDA. Yo no sé... La señorita a mí me dijo ue quería entrar aquí... que quería ver cómo esaba la casa... que quería... ¡Yo no sé bien lo que uería!

AMADEO. Ni ella claramente tampoco... O acaso í... ¡Qué desatino! ¡Qué cadena de desatinos! Me one un anónimo para obligarme a mí a salir, y nientras, ella... ¡Va a volverme loco esta criatura!

PLÁCIDA. ¡Si viera el señorito qué arrepentida stá!...

AMADEO. Bueno, bueno. Vete ahí al recibidor, y o vengas hasta que yo te avise.

PLÁCIDA. Lo que el señorito me mande. ¡Que yo no tengo culpa de nada!

AMADEO. ¡No has menester jurármelo! Vete, vete.

PLACIDA. Que sea para bien, señorito. *Márchase por la puerta de la derecha.*

Amadeo se vuelve a Juanina y da un paso hacia ella; pero de pronto se detiene, rehaciéndose mediante un gran esfuerzo de su voluntad.

AMADEO. Calma; calma. Estoy desconcertado y debo serenarme. Ha de ser mi espíritu el que en este momento mande en mí. Juanina... vida mía, te comería a besos ahora mismo; pero ¡Dios me libre de tocarte! Has hecho lo que más me podía alegrar y lo que menos debo pasar yo. ¡Es intolerable esta locura! ¡Intolerable! ¡A deshora de la noche sola por las calles como una aventurera! ¡Intolerable! Necesito más dignidad y más valor que nunca... ¡Esto es peor que todo lo demás!... Pero ¡te comería a besos, Juanina! Calma; calma... ¡Qué amanecer tan inesperado!... Como aquel del eclipse... Ya entra la luz del día. *Apaga la luz artificial. Poco a poco va iluminándose la estancia suavemente.* ¡Qué bella está la pícara!... ¿Tendré la energía que me hace falta?... Sí. Debo tenerla. *Con toda prudencia y con miedo de que Juanina despierte, lleva a su lado una silla y se sienta. La contempla hechizado.* ¡Qué bella está!... *A un leve movimiento de ella.* No te despiertes, amor mío. Retarda el instante de que hablemos, que será reñir. Así vives y sueñas... y yo te contemplo tranquilo. Yo quisiera saber ahora la canción de dormir más tierna que haya ideado el amor de los hombres, para cantártela bajito... ¡pero no te despiertes!... *De los labios de Juanina se escapa un rumor.* ¡No te des-

iertes! *Una sonrisa ilumina su boca.* ¿Sueñas? ¿Con ué sueñas?... ¿Acaso conmigo?

JUANINA. *Entre sueños.* ¡Pon!... ¡porrón!... ¡porrón!...

AMADEO. ¡Conmigo, sí!... Pero ¡siempre el redo-le! ¡Ay, Dios! ¡Se despierta! Sí; se despierta. ¡Em-ezó Cristo a padecer!

Juanina abre los ojos, como volviendo de un dicho-o sueño, y los pasea complacida por la habitación, asta que, con no poca sorpresa, los fija en su marido. Procura entonces reponerse de la impresión sin hablar alabra, y de pronto, como la cosa más natural del undo, le pregunta:

JUANINA. ¿Qué haces tú aquí?

AMADEO. *Perplejo.* ¿Eh?

JUANINA. *Levantándose.* ¿Qué haces tú aquí?

AMADEO. ¿Yo? ¿Y tú, qué haces en esta casa? ¿Qué aces levantada a estas horas?

JUANINA. ¡Esperando a que tú vinieras de la ca-e! ¿Son estas las horas que tienes tú de recogerte?

AMADEO. ¿Son éstas las que una señora como tú ene de andar sola por las calles?

JUANINA. No es ningún crimen salir con la don-ella de madrugada, cuando hay que hacer algo de madrugada.

AMADEO. ¿Qué has tenido tú que hacer a estas oras?

JUANINA. Velar a una enferma.

AMADEO. ¿A qué enferma?

JUANINA. A la tía Mercedes.

AMADEO. ¡Muy bien! ¡Vives con ella, y te vas a elarla a la calle!

JUANINA. Salimos Plácida y yo por una medicina. ero, en último caso, ¿no andabas tú por ahí también e madrugada?

AMADEO. No es lo mismo. Y, además, yo he sali-o por causa tuya.

JUANINA. Y yo por la tuya, si vamos a eso.

AMADEO. No enredes. Tú me has escrito un anónimo incalificable, y ese anónimo es el que me ha hecho salir.

JUANINA. ¿Lo has creído?

AMADEO. No me ofendas... ni te ofendas tú.

JUANINA. Pues si no lo has creído, ¿adónde has ido esta madrugada?

AMADEO. ¡Adonde me arrastraba tu locura!

JUANINA. ¡Entonces has creído el anónimo! ¡Eres un infame!

AMADEO. Quizá... quizá lo haya sido un segundo, de pensamiento, después de la noche más amarga que he pasado en mi vida.

JUANINA. Y ¿me lo confiesas?

AMADEO. Porque siempre te hablo con sinceridad. Si te he ofendido un segundo, a nadie culpes más que a tu insensatez. Me arrepentí en el acto de ese segundo de flaqueza, de ofuscación, y avergonzado de él y de mí mismo, después de rodar por todo Madrid como un autómata, he vuelto a mi casa y te he encontrado en ella. ¿A qué has venido aquí?

JUANINA. ¿Has pasado muy mala noche?

AMADEO. ¡Muy mala!

JUANINA. ¿Muy mala?

AMADEO. ¿Creías que podía pasarla buena con ese anónimo?

JUANINA. Entonces...

AMADEO. Entonces, ¿qué?

JUANINA. ¡Entonces es que tú me quieres!

AMADEO. ¡Claro que te quiero! ¿Ahora lo descubres?

JUANINA. Creí que con la ausencia...

AMADEO. No, Juanina, no; yo te quise siempre, te quiero... y te querré.

JUANINA. ¡Ay qué gusto! ¡Todo tiene arreglo!

AMADEO. Te equivocas. A tiempo lo tuvo; ya es tarde.

JUANINA. ¿Qué dices?

AMADEO. Que ya es tarde.

JUANINA. ¿De manera que tú me quieres y yo te quiero y esto no se puede arreglar?

AMADEO. No se puede.

JUANINA. Di que no se quiere, mejor.

AMADEO. Pues no se quiere.

JUANINA. Y ¿esa es tu lógica? ¿Tú eres el hombre lógico, el de los ataques de sentido común?

AMADEO. Alguno más que tú demuestro en mi conducta.

JUANINA. Muchas gracias por el piropo. Pero también demuestras alguna menos generosidad. Yo te perdono a ti la terrible ofensa de creer, siquiera un instante, que soy capaz de verme a media noche con mi primo en cualquier casucha...

AMADEO. ¿Cómo con tu primo?

JUANINA. ¡Con quien sea! ¡Con un hombre! ¡Y tú no puedes perdonarme a mí que haya venido a ver tu casa, a ver nuestra casa, cuando no estabas tú!

AMADEO. Pero ¿no te fuiste de ella porque no podías resistirla ni resistirme un minuto más?

JUANINA. ¿Quién se acuerda de eso a los tres meses? No seas rencoroso, Amadeo.

AMADEO. ¡No lo he sido nunca!

JUANINA. ¡Tenía sed, ansia de volver aquí! ¡Qué mal estaba en todas partes!... Con mi madre... con mi abuela... ¡En todas partes! Y se me ocurrió esta diablura para venir y entrar, contando con que tú, que te las tragas como el puño, te tragarías también lo de mi cita. ¡Vaya trago! ¿eh?

AMADEO. Pero... pero... pero... pero...

JUANINA. Pero, ¿qué? ¡Rompe ya!

AMADEO. ¿Qué endiablada organización es la de tu cerebro?

JUANINA. ¡Ya salió mi cerebro!

AMADEO. ¿A quién se le ocurre querer separarse de su marido, obstinarse tercamente en ello hasta lograrlo, y venir a verlo a los tres meses?

JUANINA. ¿Te pesa, quizá?

AMADEO. ¡Me desconcierta, hija del alma! ¡No es que me pese!... ¡Es que me trastorna, que me aturde, que me coloca de repente en un mundo nuevo, donde no me sirven mis ideas para nada!... Yo te dije antes de separarnos...

JUANINA. ¡Las palabras se las lleva el viento!

AMADEO. ¡Las mías, no!

JUANINA. ¡Las tuyas, no, porque son muy pesadas!

AMADEO. ¿Y las tuyas, cómo son, Juanina?

JUANINA. Las mías son hojas de rosa en el viento. Tú me lo dijiste una tarde: «Tus palabras, Juanina, son como hojas sueltas de rosa: perfuman... alegran... ¡pero hay que dejarlas volar!»

AMADEO. ¿Yo te dije eso?

JUANINA. Tú.

AMADEO. Sí... puedo habértelo dicho. Pero ahora no se trata sólo de palabras, sino de hechos.

JUANINA. ¿De hechos?

AMADEO. De hechos tuyos y míos.

JUANINA. Pues ¿qué he hecho yo?

AMADEO. ¡Separarte a todo trance de mí!

JUANINA. ¡Y tú de mí!

AMADEO. ¡Para toda la vida!

JUANINA. ¡Rencoroso!

AMADEO. ¿Qué pretendes? ¿Jugar este mes a la reconciliación para jugar a separarnos otra vez el mes que viene? ¡Después del escándalo, de las habladurías, de la comidilla de todo Madrid!...

JUANINA. ¡Ea! ¡Asomó el qué dirán!

AMADEO. No es el qué dirán lo que más me importa en este caso: es el qué diré yo.

JUANINA. ¡Pon! ¡porrón! ¡porrón! Perdona, hijo; pero no hay más remedio.

AMADEO. Perdona tú: pero no hay más remedio también. Lo que ahora pretendes, Juanina, es imposible. Soy quien soy.

JUANINA. ¡Un pedazo de palo!

AMADEO. ¡Un pedazo de palo, me llama!... *Conmovido.* Tú sabes que no.

JUANINA. Pues, hijo mío, las señas son mortales. Yo pensaba esta noche que si por un azar nos encontrábamos frente a frente, tú me abrirías los brazos, loco de alegría, yo caería en ellos como loca también... y ¿quién dijo separación? ¡Esas son tonterías que no se ocurren más que cuando está una un poco enfadada! Y en vez de hallar en ti esa hidalguía y ese cariño, te me sales revolviendo todo lo pasado, y con que tú dijiste esto o lo otro, y con que yo dije lo de más allá, y con que tú eres tú, y yo soy yo, y que si tus palabras, y que si la gente... y que si mi cerebro... y que si el tuyo... ¡Bueno! ¡Pues ahora te voy a complacer! ¡Vas a oírme!

AMADEO. Habla.

JUANINA. Yo, en esta temporada de separación, he cambiado mucho.

AMADEO. Poco se conoce.

JUANINA. He cambiado mucho... porque he llorado mucho.

AMADEO. *Con ternura.* ¿Has llorado mucho?

JUANINA. No te hagas el sentimental, porque ya he visto que no te importo.

AMADEO. ¡Juanina!

JUANINA. Lo único que no he sabido en este mundo ha sido suplicar. He nacido para que me supli-

quen a mí. Yo no daré un paso más en busca tuya. Esta mañana has perdido mi corazón. Si lo quieres, necesitarás volver a conquistarlo. ¿Y Plácida?

AMADEO. Deja a Plácida ahora.

JUANINA. No; si es que me voy.

AMADEO. ¿Que te vas?

JUANINA. ¡No sé qué te sorprende! ¿No querías ruptura definitiva? ¡Pues ya verás! ¡Ya verás canela! ¡Moscas vas a coger por mi calle!

AMADEO. ¡Juanina!

JUANINA. ¡Moscas! ¡moscas! Déjame pasar.

AMADEO. Una última pregunta.

JUANINA. Di.

AMADEO. ¿Le vas a contar a alguien este paso?

JUANINA. ¿Y tú?

AMADEO. Yo no le cuento nunca a nadie nada que no te haga a ti favor.

JUANINA. ¡Pues en eso solo coincidimos! Déjame pasar.

AMADEO. Pasa.

JUANINA. ¡Así, hombre, así! ¡Como un carámbano! ¡Pasa: vete ya; que yo deje de verte pronto! ¡Te saldrás con la tuya! ¡Vas a sudar sangre! Te lo prometo. *Hace que se va y vuelve*: ¡Ah! Me olvidaba de lo mejor: el cascabelito, precioso.

AMADEO. *Estupefacto.* ¿Lo has visto? ¿Cómo? ¿Cuándo?

JUANINA. Busca a Vargas, que te lo averigüe. ¡Se lo puedes regalar, si se le antoja, a cualquier pelandusca!

AMADEO. ¡Yo no cometo indignidades!

JUANINA. *Volviéndose hacia él otra vez.* ¿Para quién lo has comprado?

AMADEO. Para mí.

JUANINA. ¿Para ti?

AMADEO. ¿Tú lo quieres?

JUANINA. ¿Yo? No... Sí... ¡No!
AMADEO. ¿Sí o no?
JUANINA. ¡No! Buenos días.
AMADEO. Buenos días.
JUANINA. ¿Plácida? *Vase resueltamente.*
AMADEO. ¡Juanina! *Confuso, aturdido, a punto de rar, se detiene cuando va a seguirla.* ¿Es ella demado loca... o soy yo demasiado cuerdo? *Corre al lcón para verla salir de la casa.*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

'uenterrabía. Primorosa estancia de una casita de campo
tuada en el camino de Guadalupe, donde Juanina vera-
a. Ventanas sobre el jardín, al fondo. Puertas a derecha
izquierda. Muebles cómodos, finos, aristocráticos. Es de
che. En el jardín brilla la luna. Discreto alumbrado en
interior.

ruz y Carmelo acaban de llegar de visita.

RUZ. La casita parece preciosa.

ARMELO. Preciosa.

RUZ. El jardín, de día, debe de ser un encanto.

ARMELO. Y ¡tan cerca del mar!

RUZ. Delicioso. ¿Cómo se llama este camino?

ARMELO. De Guadalupe. Le da nombre la ermi-
ue hay allá en lo alto.

RUZ. No hemos estado nunca.

ARMELO. Yo, sí.

RUZ. ¿Tú? ¿Con quién?

ARMELO. De soltero, mujer; no te alarmes.

RUZ. Pero ¿con quién?

ARMELO. Con mis padres, que veranearon aquí
nos años. Y con mis amigos de entonces. Fuen-
abía tiene paisajes y rincones bellísimos. Te agra-
á, te agradará.

RUZ. Me da tristeza, ¿qué quieres que te diga?

ARMELO. ¿Que no esté aquí tu hermano?

RUZ. ¡Claro! Tristeza, y rabia... y todo. ¡Qué
arate de separación!

CARMELO. A ver en qué ánimo la encontram a ella.

CRUZ. Es igual; porque yo conozco bien el á mo de Amadeo. En la carta que me escribió ha quince días, desde Lucerna, ya ni me nombraba a mujer.

CARMELO. ¡Mentira parece! ¡Tan enamorado co estaba!

CRUZ. Y como aún está. ¡Si eso es lo incompr sible de mi hermano! Incomprensible... hasta cie punto. Pero es muy doloroso.

CARMELO. Tiene difícil compostura. Y Juan también lo quiere a él. Pero ¡hay entre ellos una compatibilidad tan continua!... ¡Necesita laborar t to el amor para suavizar eso!...

Por la puerta de la izquierda sale Plácida.

PLÁCIDA. En seguida baja la señora.

CRUZ. ¿Qué le has dicho tú?

PLÁCIDA. Lo que usted me encargó; que unos ñores de Vitoria desean saludarla.

CRUZ. Y ¿no ha sospechado...?

PLÁCIDA. Creo que no. Se preguntó ella: «¿ Vitoria?»... Como no recordando. Pero nada más.

CARMELO. No; no nos espera.

CRUZ. Y ¿qué visita tiene?

PLÁCIDA. El médico.

CRUZ. ¿El médico? Pero ¿está mala?

PLÁCIDA. No, señora, no; sus aprensiones siempre, sus nervios... Ya la conoce la señora.

CRUZ. Ya, ya. Ni ¿cómo ha de estar buena? es posible...

PLÁCIDA. Se enteró de que venía don Claud uno de los médicos de Fuenterrabía, a la villa de frente, y me dijo que lo llamara.

CRUZ. Y ¿qué tal pasáis el verano?

PLÁCIDA. Bien; muy bien. Esto es muy agradab

CRUZ. ¿Ha llovido mucho?

PLÁCIDA. Al principio de la temporada. Pero todo lo que va de agosto y de setiembre, tenemos buen tiempo.

CRUZ. Y ¿estáis muy solas?

PLÁCIDA. Bastante.

CRUZ. ¿Nadie visita a la señora?

PLÁCIDA. Algunas familias de por aquí cerca.

CRUZ. ¿Nadie más?

PLÁCIDA. Casi nadie más. ¿Sabe la señora quién suele acompañarla algunos ratos?

CRUZ. ¿Quién?

PLÁCIDA. El señorito Tristán, que veranea también aquí en Fuenterrabía.

Cruzan una mirada Carmelo y Cruz.

CRUZ. ¡Ah! ¿sí? ¡Tristán... el primo!...

CARMELO. ¿Tú no tenías noticia...?

CRUZ. Ninguna.

CARMELO. A mí no sé quién me lo ha dicho hoy. Ah! sí: Pepa Zamora.

CRUZ. ¿Pepa Zamora? Y ¿cuándo has visto tú a Pepa Zamora?

CARMELO. Esta mañana.

CRUZ. Esta mañana, ¿cuándo?

CARMELO. Mujer, un momento que estuve solo en la terraza del hotel, esperándote.

CRUZ. Ya. Y ¿con quién iba ella?

CARMELO. Sola. Digo, no: con uno de sus hijos.

CRUZ. Y ¿qué te dijo de Tristán?

CARMELO. Eso: que está aquí.

CRUZ. ¿Nada más? ¿No hizo alusión ninguna?

CARMELO. Ninguna.

CRUZ. Y ¿cómo te lo has callado tú hasta ahora?

CARMELO. ¡Qué sé yo! ¡Porque se me fué de la cabeza!

CRUZ. A ver si lo vemos mañana. Ese Tristán lleva siempre un pie fuera de camino.

PLÁCIDA. Seguramente lo verán los señores. Si los señores vienen por unos días... El señorito Tristán se hospeda en el *Peñón Cantábrico.*

CARMELO. Pues yo iré a verlo.

CRUZ. Iremos los dos.

PLÁCIDA. ¿Los señores están en el *Concha?*

CRUZ. Sí: en el *Concha.*

PLÁCIDA. Aquí sale el doctor.

Por la misma puerta que Plácida viene, en efecto, don Claudio Zumárraga, viejo médico de cabellos blancos, rebosante de salud y de buen humor. Habla el castellano según la particular y graciosa manera del país.

DON CLAUDIO. Buenas noches.

CARMELO. Buenas noches, señor.

CRUZ. Muy buenas noches. Diga usted, doctor; y usted perdone que lo entretenga...

DON CLAUDIO. Mándeme, señora.

PLÁCIDA. Con permiso. *Se retira por la puerta de la derecha.*

CRUZ. Somos de la familia de Juanina.

DON CLAUDIO. Por muchos años. ¡Juanina! Criatura simpática. Cascabel dise que la nombran.

CRUZ. Cascabel; sí, señor... ¡Es tan cascabelera!

DON CLAUDIO. Mucho, mucho; muy cascabelera. Pero ahora asegura que va a cambiar de genio.

CRUZ. No le vendrá mal.

DON CLAUDIO. ¿Cree usted? No lo creo yo, no. ¡Es una hermosura esa alegría!

CRUZ. Bien; y ¿qué es lo que tiene?

DON CLAUDIO. Nada nuevo.

CRUZ. ¿Nada nuevo?

DON CLAUDIO. Nada de extraordinario. Cosa muy corriente.

CRUZ. ¿Algún catarrillo?

DON CLAUDIO. No; no, señora.

CRUZ. ¿Nervios?

DON CLAUDIO. Tampoco. Cosa corriente, cosa corriente.

CRUZ. ¿Cómo?

DON CLAUDIO. Cosa corriente. Yo contenta la dejo.

CARMELO. Sí, ¿verdad?

CRUZ. Ya presumíamos que serían aprensiones suyas.

DON CLAUDIO. No, no; no son aprensiones, no. Ella está en lo firme. Son realidades. Pueden ustedes felisitarla, pues.

CRUZ. ¿Eh?

CARMELO. ¿Qué?

DON CLAUDIO. Felisitarla, sí. Buenas noches. He tenido muchísimo gusto...

CARMELO. *Deteniéndolo.* ¡Pero, oiga, doctor!

CRUZ. ¡Doctor!

DON CLAUDIO. ¿Qué más desean?

CRUZ. Nos confunden las medias palabras de usted.

CARMELO. No las entendemos.

DON CLAUDIO. Creía yo que eran claras. Pero se las diré completas. Juanina tiene cosa corriente: nada de catarro, ni de nervios, ni de aprensiones... Realidades, digo. Ya la pueden felisitar, ya... ¡Está muy contenta! Si no se tuerse, allá para el invierno...

CRUZ. *Con ansiedad.* ¿Qué?

CARMELO. ¿Qué?

DON CLAUDIO. Tendrán ustedes un nuevo servidor a quien mandar.

CRUZ. ¡Señor doctor!

CARMELO. ¡Señor mío!

DON CLAUDIO. ¡O servidora! Eso, Dios lo sabe.

CRUZ. Pero ¿qué está usted diciendo, señor?

CARMELO. Pero ¿usted piensa lo que dice?

DON CLAUDIO. ¡Tontería! ¡Con medio siglo ya de médico! Raro es el día que no asisto a alguna... Vayan al bárrio de la Marina o al camino de Irún, y verán, verán testimonios. *Juntando las yemas de los diez dedos.* ¡Así! ¿Qué le ocurre, señora?...

CRUZ. Me ocurre... me ocurre... ¡Eso que dice usted de Juanina, es imposible! ¡Imposible!

DON CLAUDIO. ¿Imposible?

CARMELO. Sí, señor; imposible.

DON CLAUDIO. *Temeroso.* ¡Caray, caray!... ¿No es casada Juanina?

CRUZ. ¡Sí, señor, que es casada!

DON CLAUDIO. ¡Entonses!

CARMELO. ¡Hágase usted cargo!

CRUZ. ¡Entérese usted! ¡Es casada, pero está separada de su marido hace cerca de un año!

DON CLAUDIO. ¡Caray, caray!... No puede haser tanto, señora.

CRUZ. ¿Me lo va usted a contar a mí?

DON CLAUDIO. No puede haser tanto.

CARMELO. Sí, señor, sí; sin duda alguna usted se equivoca.

DON CLAUDIO. ¡Oh! ¡Sería la primera ves!

CRUZ. ¡Pues usted se equivoca!

DON CLAUDIO. ¡Pues sería la primera ves! No insisto, no insisto... Ello dirá... ello dirá...

CRUZ. ¡Ello no puede decir nada!

DON CLAUDIO. Tranquilísese usted, señora... Ello dirá, ello dirá... Allá para el invierno... Es corto el plaso... Poco hemos de vivir...

CRUZ. ¡Jesús, Dios mío!

DON CLAUDIO. Ello dirá... Yo no soy infalible tampoco... ¡Pero sería la primera ves! Que viene el siudadano al mundo: Claudio Sumárraga tenía rasón.

ıe no viene: Claudio Sumárraga chochea; perdió
ɔesa, perdió papeles... Siento mucho el mal rato...
tedes me disculpen... Buenas noches... Sombre-
... paraguas... ¡Ah! ¡En el resibidor!... Buenas no-
es.

CRUZ. Vaya usted con Dios.

CARMELO. Vaya usted enhorabuena.

DON CLAUDIO. ¡La primera ves, ya les digo! *Mársse por la puerta de la derecha.*

Carmelo y Cruz se miran consternados, con miedo comunicarse sus pensamientos.

CRUZ. ¡Carmelo!

CARMELO. ¡Cruz!

CRUZ. ¿Qué me dices?

CARMELO. Nada, hija mía, nada. ¡Yo no me atrea decir nada! ¿Y tú?

CRUZ. Yo, tampoco.

CARMELO. ¡Ni a decir... ni a pensar!

CRUZ. ¡Ni a pensar, ni a pensar; es cierto!

CARMELO. Y, sin embargo...

CRUZ. ¡Sin embargo, los dos estamos pensando mismo!

CARMELO. ¡Lo mismo!

CRUZ. ¡No, no, qué espanto! ¡No puede ser, no ede ser!...

CARMELO. ¡No puede ser!...

CRUZ. ¡Aferrémonos a que no puede ser!...

CARMELO. Sí; pero ese hombre...

CRUZ. ¡No puede ser! ¡Yo lo rechazo! ¡Qué hoɔr, Dios mío! ¡Qué bochorno!

Se oye canturrear a Juanina.

CARMELO. ¡Ella viene!

CRUZ. ¡Y cantando! ¡Qué loca!

CARMELO. Para disimular, sin duda.

CRUZ. Sin duda.

CARMELO. Pues disimulemos también nosotros.

CRUZ. Yo no sé si podré.

CARMELO. Esfuérzate. Es preciso, si hemos d averiguar la verdad.

CRUZ. Bien dices. Estás más sereno que yo.

CARMELO. Esto es muy grave, Cruz.

CRUZ. Muy grave, sí.

CARMELO. Disimulemos.

CRUZ. Disimulemos.

Y los dos disimulan, aunque él mucho mejor q ella.

Sale por la puerta de la izquierda Juanina. Vie cantando. Rebosa ventura.

JUANINA.

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire...

¡Digo! ¿eh? ¿Le parece a usted la visita de Vitori ¡Cruz! ¡Carmelo! ¡Cuánto os agradezco que hayá venido!

CRUZ. ¡Juanina!

CARMELO. ¡Juanina! ¿Has caído en la broma?

JUANINA. Algo barrunté... ¡Porque yo en Vitor no conozco a nadie! Sentaos.

CRUZ. ¡Qué bien estás! ¡Qué colores tienes!

CARMELO. Y ¡qué contenta!

JUANINA. ¡La buena vida! *Volviendo al canticio.*

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire...

CRUZ. Sí, sí; no finges; estás, a no dudar, con tenta.

JUANINA. ¡La buena vida! Hija, me cansé de hace el ridículo. Y vivo en la gloria con Plácida. Nos fui mos a Sevilla, nos fuimos a Granada, nos fuimos

París, nos fuimos a Roma... ¡Que me echaran un galgo! Y luego, cuando llegó el verano, aquí. ¡Esto es hermosísimo! Y la situación, de privilegio. A dos pasos de Francia. ¡Nos reímos más Plácida y yo metiendo contrabando! Hay días que hemos pasado con seis pares de medias puestos. ¡Qué pantorrillas!

CRUZ. ¡Vaya, mujer, vaya! No echas nada de menos, por lo que se ve.

JUANINA. Nada absolutamente.

CRUZ. Y ¿tienes el valor de decírmelo a mí?

JUANINA. A quien me lo pregunta. ¿Verdad, Carmelo?

CARMELO. Sin embargo, mujer... De él ¿no sabes nada?

JUANINA. Ni pizca.

CRUZ. Pero ¿no os escribís?

JUANINA. ¡Qué ocurrencia! ¿No se ha dicho que separación? ¡Pues separación! ¿No quería él que para toda la vida? ¡Pues para toda la vida! Ya va cerca de un año. ¡O somos o no somos! Me voy yo volviendo un poquito Tambor. ¡Las cosas! ¿Y vosotros, venís de Asturias?

CRUZ. De Asturias.

CARMELO. De Covadonga.

CRUZ. Y ahora vamos a Lourdes.

JUANINA. ¿Piensas pedirle algo a la Virgen?

CRUZ. Lo que te puedes imaginar.

JUANINA. No; para mí no le pidas nada. ¡Ya me da más de lo que merezco!

CRUZ. ¿Qué dices?

JUANINA. Lo que oyes. Tengo salud, tengo alegría, tengo... lo que tengo, no peleo nunca con mi marido...

CRUZ. ¿Otra vez? Es impertinente que insistas en eso, Juanina.

JUANINA. Pues punto en boca. Por mi parte, basta de impertinencias.

CRUZ. Gracias, en nombre de un ausente.

JUANINA. No hay de qué darlas. Ya se ve que eres de la familia.

CRUZ. Hermana suya, nada más. Y el pobre Amadeo...

JUANINA. Es impertinente referirse a Amadeo, ¿no?

CRUZ. Dispensa.

JUANINA. Dispensada.

De improviso, Juanina se inquieta. Cruz lo advierte.

CRUZ. ¿Qué?

JUANINA. Nada.

CRUZ. Me pareció... ¿Es que ha venido alguien?

JUANINA. No. A estas horas nadie puede venir.

CRUZ. Pues ¿no hemos venido nosotros?

JUANINA. ¡De casualidad! ¿Queréis ver mi casita? Es una monada.

CARMELO. Mañana; ¿no sería mejor?

JUANINA. De noche también tiene su encanto. Y cuando hay luna, como hoy... Por lo menos veréis mi alcoba.

CRUZ. Bien; la veremos.

JUANINA. Me entra la luna hasta la cama. ¡Es una delicia! Estoy volviéndome muy romántica, no te creas. ¡Ah! Y ahora duermo con la ventana de par en par.

CRUZ. ¿Serás capaz, Juanina?

JUANINA. ¡Para respirar el aire marino!

CRUZ. ¡Milagros de la separación! ¡Aquello que era tan difícil!...

JUANINA. Hemos convenido en no aludir...

CARMELO. ¡Claro, Cruz, claro!... Tú también...

CRUZ. ¡Es más fuerte que yo, Carmelo!

JUANINA. Pasad; pasad.

Éntranse Cruz y su marido por la puerta de la iz-

uierda. Juanina, que los sigue, se detiene un segun-o, llamada misteriosamente por Plácida, que sale a empo por la de la derecha.

PLÁCIDA. Señorita.

JUANINA. *Adivinando, y casi por señas.* ¿Está ahí?

PLÁCIDA. Ahí está.

JUANINA. Dile que aguarde en el jardín. *Vase rá-idamente.*

PLÁCIDA. ¡Que aguarde en el jardín!... ¡Qué co-iedia ésta! ¡Ocultar ellos lo que toda la familia quie-e que pase!... ¡Venir este hombre todas las noches e ocultis desde San Juan de Luz, a ver a su mujer!... Y por empeño de él, que es lo raro! Yo ahora no é cuál es el más loco.

Vuelven Juanina, Cruz y Carmelo. Plácida se va or la puerta contraria.

JUANINA. Ya la veréis de día, ya la veréis de día. Y subiréis al piso alto. Es muy pequeña la casita, ero ¡para mí sola!...

CRUZ. ¡Claro! ¡Para ti sola!...

CARMELO. La alcoba es lindísima.

JUANINA. ¿Verdad? Sentaos.

CRUZ. Un momentito nada más.

JUANINA. Lo que queráis.

CARMELO. Sí; porque la hora no es a propósito...

CRUZ. No estaremos más que el tiempo preciso ara que Juanina me conteste a una cosa.

JUANINA. Tu dirás.

CRUZ. Estando tan a gusto, viviendo tan bien, isfrutando de tan buena salud, ¿por qué llamas al médico?

JUANINA. ¡Psché! Mis caprichos. Todavía sigo con is caprichos. No se puede dejar de ser Cascabel de olpe y porrazo. Ni conviene tampoco.

CARMELO. Y ¿qué te ha dicho el médico que ienes?

JUANINA. *Sonriendo diabólicamente.* Neurastenia.

CARMELO. Neurastenia, ¿eh?

CRUZ. ¡Qué cosa más rara! Tu aspecto no es de neurasténica. Pero eso suelen decir los médicos cuando no están seguros de lo que los enfermos padecen.

JUANINA. No; pues este... este creo que sí está seguro.

CRUZ. Acaso. Si la neurastenia es una locura incipiente, tú padeces un ataque agudísimo.

JUANINA. ¡Ja, ja, ja! Cómo me recuerdas... ¡Ah! ¡Que hemos quedado en no aludir!...

CARMELO. ¿Te ha puesto plan el doctor para combatirla, si puede saberse? Como yo tengo mis puntas y ribetes de mediquillo...

JUANINA. Es verdad. Pues, calcula: lo eterno. Me ha mandado lo que se manda a todas.

CARMELO. ¿Cómo a todas?

JUANINA. ¡A todas las mujeres neurasténicas! La neurastenia de las mujeres obedece a causas muy distintas que la de los hombres. ¿No lo sabes tú?

CARMELO. Bien; y ¿qué te ha mandado?

JUANINA. Lo corriente, ¿no digo? Mucho sol; mucho aire; paseos tranquilos; yemas con jerez... *A un movimiento de su cuñada.* Que no me den disgustos; que no me los tome si me los quieren dar... y alguna otra cosilla reservada.

CRUZ. ¡Está bien, mujer, está bien!

JUANINA. ¡Ya lo creo que está bien! Carmelo.

CARMELO. ¿Qué quieres?

JUANINA. Hazme el favor de recogerme del suelo el pañolito.

CARMELO. ¿Cómo no? Disculpa; no me había fijado...

JUANINA. Gracias. También me ha recomendado el doctor que evite los movimientos violentos.

CRUZ. ¿Para la neurastenia?

JUANINA. Para la mía, sí.

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire...

CRUZ. *Saltando.* ¡Hija, estás neurasténica y pa-
ece que te ha tocado la Lotería!

JUANINA. Y ¿qué quieres que yo le haga? Así es.

CARMELO. No te sorprenda, Cruz. La neurastenia
s enfermedad que, aun siendo una en el fondo, sue-
e tomar formas muy distintas.

JUANINA. Hablas como un libro.

CRUZ. ¡Yo no veo el libro por ninguna parte!

CARMELO. *Mirándola con intención.* No anticipes
ú juicios, Cruz. Cuando el médico opina así...

CRUZ. ¡Ese médico es una bota de sidra; no hay
ás que mirarlo!

JUANINA. Te equivocas: es un gran clínico, aun-
ue esté metido en un rincón de España. ¡Qué ojo
e hombre! Apenas me vió y le di dos o tres deta-
es, me dijo lo que voy a tener.

CRUZ. ¿Lo que vas a tener?

JUANINA. ¡Lo que tengo!

CARMELO. Lo que tiene, sí. Y como por fortuna
o es nada grave, vámonos ya nosotros.

CRUZ. Vámonos, sí, vámonos.

JUANINA. No os quiero detener... Veníos mañana
almorzar en mi compañía.

CRUZ. Gracias, mujer.

JUANINA. No; sin gracias.

CRUZ. Pero acostumbrada a esta soledad que te
ncanta, ¿no te molestaremos?

JUANINA. ¡Al revés! ¡En la variación está el gusto!

CRUZ. ¿En la variación?

JUANINA. ¡Eso no soy yo quien lo descubre! Ade-
ás, como ya os he dicho, estoy cambiando de ca-

rácter. Voy convirtiéndome en persona seria, raz
nable. Como tú.

CRUZ. ¿Como yo?

JUANINA. ¡Tantas veces me has aconsejado que
imitara!

CRUZ. ¡Qué lástima no hubiera sido antes!

JUANINA. Pero más vale tarde que nunca. ¿Has
mañana?

CRUZ. Hasta mañana.

JUANINA. ¡Que os espero a almorzar!

CARMELO. Vendremos, sí, vendremos. Con m
cho gusto. Hablaremos de todo.

JUANINA. ¡De todo lo que se pueda hablar!

CRUZ. ¡Ajá! como él dice.

JUANINA. ¡Ajá!

*Se marchan juntos por la puerta de la derech
charlando.*

*Por la de la izquierda aparece poco después Am
deo, como si estuviera cometiendo un robo.*

AMADEO. ¡Es insensato!... ¡Esto no puede segu
así! Esto hay que resolverlo... No sé cómo, pero ha
que resolverlo... ¡Ni que yo fuera un criminal!

Vuelve Juanina venturosa.

JUANINA. ¡Ay, esposo mío! ¡Qué rica miel tiene
estas flores!

AMADEO. ¿A qué han venido ésos?

JUANINA. ¡A verme!

AMADEO. Pero ¿no estaban en Asturias?

JUANINA. Sí; pero hoy están en Fuenterrabía.

AMADEO. Y ¿no se han escamado?...

JUANINA. ¿De qué? ¿De que tú y yo...? ¡Ni co
cien leguas! ¡Buena les he puesto yo la cabeza! ¡Bue
na la lleva Cruz!

AMADEO. ¿Por qué?

JUANINA. ¡Porque me divierto mucho metiéndola en cuidado!

AMADEO. Pero ¿tú estás segura de que no presume...?

JUANINA. ¡Que no, hombre, que no! ¡Qué miedo le tienes! ¡Ja, ja, ja!

AMADEO. ¡Es que para mí sería una vergüenza!... ¡Tan pronto!... ¡Después de mis desplantes!... ¡Para toda la vida!... ¡Para toda la vida!... ¡Qué necio es el hombre algunas veces! ¡No poder vivir sin una mujer, y firmar poco menos que ante notario que va uno a vivir ya sin ella toda la vida! ¡Jesús! ¡Ven acá; dame un beso!

JUANINA. ¡Toma los que quieras! Ahora me toca a mí reír. ¡Ja, ja, ja!

AMADEO. Ríe, ríe; que me alegra tu risa, porque además me la merezco. Pero esta situación hay que terminarla.

JUANINA. Ya, ya.

AMADEO. Seguir así es una chiquillada, a todas luces.

JUANINA. *Con malicia.* ¿Una chiquillada?

AMADEO. Me lo preguntas en un tono...

JUANINA. ¡Psché!

AMADEO. Pues sí, es una chiquillada.

JUANINA. ¡Una chiquillada! ¡Que conste!

AMADEO. O algo peor. Porque venir yo a verte con estos tapujos y este misterio, como si no fuera tu esposo, sino tu amante... Incluso puede perjudicar a tu buen nombre.

JUANINA. Y de rechazo al tuyo. Pregúntaselo a Cruz.

AMADEO. ¿A Cruz?

JUANINA. Cruz me tiene a estas horas poco menos que por una de esas que se tienden en la playa

de Biarritz a tomar el sol después del baño y a fumar.

AMADEO. *Atónito.* Pero ¿por qué piensa eso Cruz de ti?

JUANINA. ¡Toma! ¡Por obra y gracia de su hermanito!

AMADEO. ¿Eh?

JUANINA. ¡Por las apariencias! ¡Porque las apariencias me condenan! Y como esta situación es obra tuya... ¡El hombre serio! ¡El cerebro ecuánime la discurrió! ¡Si hubiera sido Cascabel!... Te dió rubor publicar tu caída... y aquí tienes el resultado. Tu hermana ahora mismo me cree a mí cualquier cosa.

AMADEO. No; no exageres tampoco. Cruz es muy discreta.

JUANINA. ¿Más que tú, a quien se le debe todo esto?

AMADEO. A mí se me debe: es verdad.

JUANINA. ¡Digo! Pues ¡bueno te pusiste! El primer beso de nuestra reconciliación en Sevilla, yo, por mí, lo hubiera publicado en los periódicos. Ya lo sabes. ¡Recuerda que se me ocurrió tirar papelitos diciéndolo desde lo alto de la Giralda!

AMADEO. Lo recuerdo, sí.

JUANINA. ¡Y por poco reñimos otra vez! ¡Había que oírte! «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué caída! ¡Qué plancha! ¡Qué batacazo! ¡Qué ligereza! ¿Qué va a decir la gente?... ¡Calma! ¡Calma! Es pronto todavía. Demos lugar al tiempo... Que pueda madurar la fruta lógicamente...» ¡De esto de la fruta me acuerdo como si lo estuviera oyendo ahora mismo! «Juanina, vamos a vestir bien el muñeco; pactemos unas paces que sean honrosas para los dos...» ¡Y esto en Sevilla, y esto en Madrid, y esto en Roma, y esto en todas partes!

AMADEO. Sí, sí; evidente. ¡Todas esas sandeces decía! ¡Me entró un rubor muy cómico!

JUANINA. Sin pensar en otras consecuencias.

AMADEO. ¡Sin pensar en nada más que en mi ri-
lículo!

JUANINA. ¡Pues aún ignoras lo mejor!

AMADEO. ¿Lo mejor?

JUANINA. Lo mejor. Tu hermana ha hablado con
l médico.

AMADEO. ¿Con qué médico?

JUANINA. Con don Claudio.

AMADEO. ¿Con *Chipirón*?

JUANINA. ¿Con *Chipirón*? ¿Quién es *Chipirón*?

AMADEO. A don Claudio le llaman aquí *Chi-
irón*.

JUANINA. ¡Ja, ja, ja!

AMADEO. ¿De qué te ríes? Sus padres fueron pes-
adores...

JUANINA. Pero ¿cuándo se ha visto nombrar por
l mote a las personas?

AMADEO. ¡Ah, sí! Deja eso. ¿En donde ha habla-
o mi hermana con don Claudio?

JUANINA. Aquí. Lo mandé yo venir.

AMADEO. ¿Está mala la chica?

JUANINA. No; no lo llamé para la chica.

AMADEO. ¿Para ti? Pues ¿qué tienes?

JUANINA. *Lo mira sonriéndose de un modo inefa-
le*. Nada malo.

AMADEO. ¡Juanina!

JUANINA. ¡Ay, Tamborcito de mi alma! ¡Buena la
emos hecho! ¡No vas a tener más remedio que pu-
licar ya que nos hemos reconciliado!

AMADEO. ¿Qué me dices?

JUANINA. ¿Comprendes?...

AMADEO. ¿Aquello que...?

JUANINA. ¡Aquello que...!

AMADEO. *Loco de júbilo, tembloroso.* ¡Juanina de
ni vida! ¡No me atrevo a creerlo! ¿Es verdad?

JUANINA. ¡Pregúntaselo a *Chipirón!*

AMADEO. ¡Ahora sí que te como a besos!

JUANINA. *Deteniéndolo.* Paso, paso, amor mío, qu me han prohibido los movimientos bruscos.

AMADEO. ¡Pero si es que ésta es demasiada felic dad! ¡Yo salto de alegría, Juanina! ¿Qué dirías tú c mí si ahora mismo me pusiese a bailar la jota?

JUANINA. ¡Pues que Tambor está contagiándos de Cascabel!

AMADEO. ¿Y Cascabel de Tambor, no?

JUANINA. *Bajando los ojos.* ¡Cascabel ya está co tagiada!...

AMADEO. ¡Bendito sea Dios! *Cantando como ell*

Dale al aire, dale al aire,
dale las penas al aire...

¿Bailo, Juanita?

JUANINA. Baila, si quieres. ¡En no bailando yo!

AMADEO. ¡Tú, no; tú no bailes! ¡Tú no te mueva

JUANINA. Descuida. Hay algo en mí que me manda; que tiene más poder que todo. Y no es nac aún... pero ya siento su aleteo. Es un no sé qué. que veo que me transforma... muy hondo, muy cla ro... ¡Me faltaba este no sé qué! ¡Yo también baila ría!... Pero he de ser una persona seria. ¡Muy seria

AMADEO. Cascabel, ¿eres tú la que habla? ¿Eres tú

JUANINA. Tambor, ¿eres tú el que parece loco?

AMADEO. ¡Yo, yo mismo! ¡A Dios gracias! ¡Vi van los Cascabeles! ¡Tanta cordura, tanta sensatez tanto jinojo de gravedad! ¡La vida me ha dado un lección que aprovecho! ¡El «yo soy así» es una nece dad como una casa, y queda desterrado de mis la bios! ¡El día que me oigas disculparme de algo co un «yo soy así», me pegas un palo en la cabeza!

JUANINA. ¡Ja, ja, ja! ¡No tanto, hombre, no tanto

AMADEO ¡Sí, sí; un palo en la cabeza! ¡Mi «yo soy
í» ha tenido mucha culpa de todo esto!
JUANINA. ¿Y mi «yo soy asá», no ha tenido nin-
una? Debo reconocerlo también. Comprendo que
a insoportable.
AMADEO. ¿Insoportable? No...
JUANINA. Caprichosa, terca, tornadiza. Lo que
ás me afeo es lo que me divertía hacerte rabiar.
AMADEO. ¡No!
JUANINA. ¡Sí! Me divertía, me divertía... ¿Por qué
os gustará a veces hacer rabiar a las personas a
uienes más queremos? ¿Por qué?
AMADEO. ¡Tú nunca habrías querido hacerme ra-
ar si yo no hubiese sido tan majadero!
JUANINA. Calma, calma, Amadeo; no te exaltes.
osiego, seriedad...
AMADEO. «¡Yo soy así, yo soy así!» ¡Pues eso no
esuelve nada, señor mío! ¡Si ha de vivir usted entre
entes, si ha de crearse afectos en la vida, necesita
sted ser así... y asá! ¡Algo ha de darle y de conce-
erle al espíritu compañero, y algo ha de tomar us-
ed de él! ¡Un ser humano no es una muralla! «¡Soy
sí! ¡soy así!» ¿Hay nada más absurdo? *Reparando en
l relojito de Juanina.* Pero, muchacha...
JUANINA. ¿Qué?
AMADEO. ¿Qué hora tienes?
JUANINA. ¡Ah! ¡Cualquiera!
AMADEO. ¿Cómo cualquiera?
JUANINA. ¿No sabes? ¡He puesto cada reloj de la
asa en una hora distinta!...
AMADEO. *Asombrado.* ¿Eh?
JUANINA. ¡Para no saber que pasa el tiempo! ¡Soy
an dichosa!...
AMADEO. Pero, pero, pero... pero, Juanina...
JUANINA. Pero ¿qué?
AMADEO. ¡Eso es un disparate! ¡Se debe saber en

qué momento vive uno!... Para medir, para regul
para proceder ..

JUANINA. Según y conforme... Deja ahora... ¡Sig
con tu entusiasmo!... ¿Qué ibas a decirme?

AMADEO. Te iba a decir... te iba a decir... ¿Q
te iba yo a decir? ¡Ah! ¡Que el hijo es la fórmula
nuestro caso; en lo de ser así o asá!

JUANINA. ¡Hombre, la fórmula! ¡Qué palabra m
prosaica, Tamborcito!

AMADEO. ¡Queda retirada *ipso facto!* ¡Ni sé cón
ha podido ocurrírseme! El hijo es la encarnación
mi idea: la encarnación dichosa. No será así ni as
como tú o como yo aisladamente: tendrá de las d
sangres, de las dos vidas. Pero en el aire hay ot
hijo; hija más bien, porque es la felicidad de ambo
y esa hemos de labrarla con nuestros dos espíritu
¿Te sonríes? ¿Merezco ahora un redoble de tambor
los tuyos?

JUANINA. ¡Mereces mi vida!

AMADEO. ¡Cascabel de mi corazón!

*Se abrazan amorosamente en silencio. En silenc
también, y como quien ha estado escuchando la e
cena, asoman sonrientes por una de las ventanas d
foro, Carmelo y Cruz. Juanina exclama en este m
mento:*

JUANINA. ¡Si nos viese tu hermana!

Cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, setiembre, 1927.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media na anja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.— 'edro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor ue pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escon- ida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Iujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—As e escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La asa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.— Ialvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.— l duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.— ipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo s un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.— as vueltas que da el mundo.—Cristalina.—Concha la Limpia.— Ii hermano y yo.—Cancionera.—La boda de Quinita Flores.— as de Abel.—Barro pecador.—125 kilómetros.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El notete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.— aragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala som- ra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.— os marchosos.—La del Dos de Mayo.—Vámonos.—La suerte. as muertes de Lopillo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.— zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—

Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las bendita Máscaras.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—El pie.—El último papel.—Cambio de suerte.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Falomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.—Revoloteo.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañueia, arbitrista.—Dos pesetas.—Pepita y Don Juan.—Los grandes hombres o el Monumento a Cervantes.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIONES ESCOLARES:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introauction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.— Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises ana vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

Así se escribe la historia, *Edited with introduction, notse, exercises and vacabulary by Edwin B. Place, Ph. D., Professor of Romance Languages. University of Colorado. New York, Alfred A. Knopf.—MCMXXVI.*

Puebla de las mujeres, *Edited with introduction, notes, exercises and vocabulary by Luta Giralda Adams, teacher of Spanish in he Brookline High School, Massachusetts. New York and London, The Century C.º.*

La flor de la vida, *Edited with direct-method exercises, notes, ana vocabulary by Frank O. Reed, Professor of Spanish and John Brooks, Associate prafessor of Spanish University of Arizona, with a critical introduction by Federico de Onís.—D. C. Heath and Company, Boston, New York, Chicago, London, Atlanta, Dallas, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Mavaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

Anima gitana *(Cabrita que tira al monte...)*, por CARLO BOSELLI.

Il mondo è un fazzoletto *(El mundo es un pañuelo)*, por ITALO ZINGARELLI.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done *(Puebla de las Mujeres)*, por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*.—Die Blumen *(Las flores)*.—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).— Lebenslu- *El genio alegre)*, por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por MARY V. HAKEN.

Begegnung *(Mañana de sol)*, por FRANZISKA BECKER y S. GRÄENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. BORZIA.

La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou *(El ojito derecho)*, por MAURICE COINDREAU.

L'amour qui passe *(El amor que pasa)*, por GERMAINE DURCOS-CENOZ y ROGER MARTIN DU GARD.

Bourg-les-Dames *(Puebla de las Mujeres)*, por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos *(Puebla de las Mujeres)*.—Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... *(El mundo es un pañuelo)*, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caïel).

A Dama Branca *(Doña Clarines).*— O centenario. —Cristalin, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine *(Mañana de sol)*, por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them *(Hablando se entiende la gente)*, por JOHN GARRETT UNDERHILL.

The Fountain of Youth *(La flor de la vida)*, por SAMUEL N. BAKER.

Reading and Writing *(Lectura y escritura)*, por BEATRICE ERSKINE.

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón. — La reja. — Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima. — El patio. — Los Galeotes

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces. — El motete. — El estreno. — Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena. — Pepita Reyes. — Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala. — Amor a oscuras. — La casa de García. — A la luz de la luna.

Tomo VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.— El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

Tomo X. – SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La Reina Mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos. — ¿A quién me recuerda usted? — Doña Clarines. — Los ojos de luto.

Tomo XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.— Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito. — Las buñoleras. — Cuatro palabras. —Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario —La flor de la vida — La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica. — Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...— Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.— COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales. — La consulesa. — Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita. — El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares. — Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.— El cerrojazo.— La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.— Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña. El amor bandolero. — Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias. — Becqueriana.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro López.—La Calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el Loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Dos pesetas. — Vámonos. — Revoloteo.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.—SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.— Los marchosos.— La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina. — Concha la Limpia. — Mi hermano y yo.

Tomo XXX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita y Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo mètodo.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV.

EN PRENSA:

Tomo XXV.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 4

PRECIO: 3,50 PESETAS